

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Facultad de Filosofía y Letras

M. 122835

Juan Antonio Mateos y Seis de sus Novelas Históricas



FILOSOFIA
Y LETRAS

Tesis que presenta la alumna

MA. DE JESUS AGUADO ALVAREZ

para optar el grado de

Maestra en Letras Españolas

México, D. F. 1963



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Al Sr. **José Calvo Alarcón**, padre, guía
y consejero de mi existencia, con el más
grande amor filial.

A mi madrecita, Sra. **Luisa Alvarez Vda.
de Aguado**, con mi amor, que no es ca-
paz de agradecer todos sus sacrificios.

31087

A la memoria de mi tía, Sra. Profa. **Raquel García de Calvo**, quien me brindó ternura y amor maternal.

A la memoria de mi padre, Sr. **Ignacio Aguado**, cuyo recuerdo está grabado en mi corazón.

A mis hermanos:

Soledad

María de la Luz.

Santiago

•

Imelda

con todo cariño.

A mis maestros, quienes al través de sus enseñanzas, me infundieron el deseo de superación.

A la Srita. Profa. **Dolores Rojas González,**
con mi eterna gratitud.

A la memoria de mis maestros: Srita.
Profa. **Ida Appendini** y Sr. Prof. **Miguel
Suárez Arias.**

A mis compañeros.

ADVERTENCIA

Antes de terminar mis estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, quise averiguar si algún compañero de los que me precedieron en las aulas había realizado trabajos de investigación sobre la obra de Juan Antonio Mateos.

Comprobé que nadie había dedicado atención a dicho infatigable novelista, por sus méritos digno de ser recordado, no solamente por la inexperiencia de una alumna de Filosofía sino por escritores ilustres que pudieran captar, en mejor forma, la vida multifacética de uno de los grandes cultores mexicanos del siglo XIX.

Llena de inquietudes, tenía desde entonces la intención de desarrollar el tema "Juan Antonio Mateos y sus novelas históricas"; pero pensaba que este humilde trabajo, la tesis para mi examen de maestría en letras españolas, resultaría pobre, comparado con la admiración que despertaba en mí esa figura prominente.

A pesar de esto, resolví que dicho trabajo estuviera dedicado a parte de la obra del licenciado don Juan Antonio Mateos, y ratifiqué mi decisión de hacer investigaciones sobre cuanto se relacionaba con él y con sus relatos.

En varias ocasiones, vacilante, casi estuve decidida a abandonar la empresa; pues carente de datos biográficos del escritor, no hallaba la posibilidad de obtenerlos, ni aún de sus descendientes. Además, aunque había llegado a reunir algunos datos acerca de él, tropezaba con la dificultad de que sus obras van desapareciendo de las bibliotecas, de las librerías y hasta del recuerdo de los mexicanos, ya que

se han olvidado muchas novelas como aquella en que el escritor exalta las jornadas heroicas de Chapultepec y otros episodios de nuestra historia.

Sería de desearse que el Estado o la iniciativa privada llegaran a editar las obras completas de Juan Antonio Mateos. Esto, además de ser digno de encomio, permitiría que persistiera, para la posteridad, tan valioso legado.

Los datos que presento, en relación con algunos aspectos de la historia, han fortalecido mi espíritu. Es satisfactorio para mí recordar a tan sobresaliente figura de las letras patrias, y ese sentimiento se afirma por el cariño y la admiración que he sentido al leer su obra y seguir las actividades de sus héroes, sacados de la vida real y trasladados a la ficción en forma sugestiva.

Para terminar pienso, serenado mi ánimo, que debo rendir un tributo de gratitud a mis queridos maestros que me dieron la oportunidad de escuchar sus enseñanzas, al guiar mis pasos desde el comienzo de mis estudios hasta la terminación de mi carrera.

A todos, personas altamente preparadas, noblemente dedicadas a conducir a las juventudes hasta lograr la meta señalada en los planes de estudio, rindo el culto de mi admiración, ya que su saber constituyó el estímulo que hizo posible este trabajo.

CAPITULO I

ANTECEDENTES

1.—PUNTO DE PARTIDA DE LA NOVELA.—a) La novela histórica española. 2.—EL ROMANTICISMO Y LA NOVELA HISTORICA EN EUROPA.—a) Inglaterra.—b) Francia. 3.—LA NOVELA MEXICANA.—a) Primeras novelas mexicanas.—b) Novela nacionalista.—c) Novela de costumbres.—d) Novela regional.—e) Novela romántica.—f) Novela realista.—g) Novela histórica.—h) Novelas de 1906 a 1961.

1.—PUNTO DE PARTIDA DE LA NOVELA.

Algunas de las primeras manifestaciones de la imaginación humana fueron narraciones sencillas cuya finalidad fue cultivar y recrear el espíritu. De estas narraciones se derivan el cuento y la epopeya. Esta última nace en un período en el que el hombre no sabe qué pensar ante lo desconocido de la naturaleza. El poeta se confunde con los héroes y es hasta personaje de leyenda.

En la evolución constante del hombre y de las artes, la epopeya se transforma, debido a su carácter teogónico y heroico, en el que la personalidad del poeta está dentro del espíritu colectivo de las primitivas civilizaciones. Al nacer el arte reflexivo de la composición y del estilo, este tipo de narración que tan estrechamente estaba vinculado a los misterios étnicos y genealógicos, se ve dominado por la realidad y va muriendo o transformándose.

De una de estas evoluciones surgió la novela, especialmente la de tendencia histórica, pues teniendo un campo más abierto, se considera a los protagonistas una acción más amplia y definida. Relata los hechos, a veces pormenorizadamente, para elevar el valor de los personajes. En todo ello se halla el germen inicial merítísimo que supieron captar los novelistas que se dedicaron a referir, por medio de novelas, los episodios de la historia, con objeto de darles mayor interés, para ganar lectores. Así fue como los novelistas de la península ibérica embellecieron las primeras novelas históricas que, como se ha dicho, tuvieron el interés, tanto para el novelista como para el lector, de realzar las hazañas de los héroes.

De la evolución de la epopeya, en prosa, surgen los diferentes tipos de novelas: caballerescas, sentimental, pastoril e histórica. Aquí hablaremos de la última, solamente.

a) **La novela histórica española.**

La novela histórica española arranca de las crónicas nacionales que, a su vez, dieron origen a la literatura caballerescas.

Las leyendas de Fernán González, los Siete Infantes de Lara, el Cid Campeador pertenecen a la poesía épica y no a la novela. Para que ésta exista, es necesario que entre un elemento fabuloso, de invención personal, es decir, de ficción.

La transformación de la poesía heroica en novela, se observa por primera vez en España, en el período en que la península se halla invadida por los árabes.

La primera obra histórica con argumento nacional, fue la **Crónica del Rey Rodrigo** o **Crónica sarracina**, de Pedro del Corral, escritor que, según Fernán Pérez de Guzmán, era un hombre liviano que había corrompido la historia que sobre el último descendiente godo existía. Pedro del Corral, con viva imaginación, añade a su crónica nuevos detalles que la hacen aparecer interesante; detalles como la penitencia del Rey Rodrigo y sus amores con la Cava, hija del conde don Julián, quien por vengar la ofensa hecha a su hija, abre las puertas de Ceuta y Tarifa a los moros.

En la obra de Pedro del Corral influye Ahmed-Ar-Rasis, el más notable de los historiadores árabes del siglo X, a quien sus contemporáneos llamaron Atariji, que quiere decir, cronista por excelencia.

Al moro Rasis se deben, aunque en germen, el nombre de la Cava,(1) su seducción y el mensaje que la joven envía a su padre, con la consiguiente venganza del conde Julián.

Pedro del Corral copia trozos enteros de la obra de Rasis. Lo que tiene de original es haber aderezado con situaciones novelescas, para darle amenidad los amores de la Cava con el rey Rodrigo, al escribir cartas, mensajes, razonamientos.

Tanto la obra de Rasis como la de Pedro del Corral tienen elementos de la novela caballeresca: existen diversos lugares en que se desarrolla la acción; hay torneos, desafíos, jardines suntuosos. Se hace, además, alusión a cabalgatas, y se describe el donaire de los jinetes y la belleza de los caballos y los trajes que se usaban en la época.

Pedro del Corral, en su obra, refiere la salvación del rey, después de la última batalla; el encuentro que tuvo con el ermitaño y la penitencia a que se sometió para que su alma pudiera ir al cielo.

De este libro, en parte, proceden algunos de los romances viejos que aluden al rey Rodrigo.

Miguel de Luna, morisco de Granada, escribe **Historia verdadera del rey Rodrigo y la pérdida de España**, libro que se dice disparatado e insulso y que tiene un final diferente de aquel a que habían llegado los anteriores.

De Luna llamó Florinda a la Cava, y dio el título de conde a su padre poniéndole en estado de subordinación al rey Rodrigo. En el final de la obra, Florinda se arroja de una torre.

Las obras de Pedro del Corral y de Miguel de Luna inspiran a escritores posteriores que tratan después ese tema. Entre éstos se encuentran Walter Scott, que escribió un poemita titulado "The Vision of Don Roderick", publicado en 1811; Washington Irving, con "Legends of Conquest of Spain", y Roberto Southay: "Roderick the Last of the Goths", poema en versos sueltos, en veinticinco cantos. Este da a su obra un final cristiano: Julián y su hija mueren en una iglesia, des-

(1) La Crónica de 1344 da a esta mujer, indistintamente, los nombres de Alacabá, Alataba y la Taba.—Miguel de Luna es el primero que divulga, en 1589, la explicación de que este nombre significa "mala mujer".—Marcelino Menéndez y Pelayo dice que en árabe la palabra *cahba* tiene el sentido de prostituta, y Federico Carlos Sainz de Robles opina que de violada.

pués de haber perdonado a Rodrigo, quién habiendo ayudado a Pelayo, joven godo, a que restableciera la monarquía de su raza, desaparece para morir en la soledad.

Puede asegurarse que, como se ha dicho, la única novela histórica de la península, en el siglo XV, fue la **Crónica de Pedro del Corral**.

El siglo XVI cuenta con pocas novelas históricas. **El Marco Aurelio**, de fray Antonio de Guevara, carece de verdadera acción novelesca, aunque su contenido sea fabuloso; predominan en él lo didáctico las formas oratorias.

La musa popular española que cantaba los romances fronterizos, hace que surjan en el siglo XVI dos novelas moriscas: **Historia de Abindarráez y la hermosa Jarifa**, en la que el alcalde de Antequera, Rodrigo de Narváez, es figura enteramente histórica, e **Historia de los bandos de zegríes y abencerrajes o Guerras civiles de Granada**, de Ginés Pérez de Hita, que abre a la imaginación un mundo nuevo de ficciones. La originalidad del libro consiste en ser una crónica novelesca de la conquista de Granada, en la que mezcla lo verdadero con lo falso.

2.—EL ROMANTICISMO Y LA NOVELA HISTORICA, EN EUROPA.

El Romanticismo es un movimiento que parte, a fines del siglo XVIII, de Alemania, de donde se extiende a Francia, Inglaterra, Italia, España y otros países.

Los románticos alemanes aportaron gran número de opiniones, doctrinas, principios, meditaciones, sobre lo que fue este movimiento, que tuvo como finalidad apartar el espíritu de las reglas neoclásicas imperantes en esa época.

El romanticismo alemán ofrece en las obras un ardiente nacionalismo.

El nacionalismo fue una característica del movimiento, en todos los países. El deseo de resucitar el pasado de los lugares en que se desarrollaron acontecimientos gloriosos, fue el resultado de la inconformidad con el momento presente de ese entonces.

La novela histórica del siglo XIX tuvo su origen en el movimiento romántico.

En Europa, la novela histórica de los románticos se caracterizó por la influencia íntima del autor, en los capítulos que integraban la obra. Pensaban que el desenvolvimiento del espíritu se hallaba en ellos mismos y no en el mundo sensible; querían abandonar la realidad exterior y contemplarse y encontrar la belleza ideal que reside en el alma. Narraban sin coordinar las partes; lo importante era que se reflejara su personalidad.

a) **Inglaterra.**

Inglaterra cuenta con magníficas obras en este movimiento romántico. Uno de los escritores de esa época es Walter Scott, que nació en Edimburgo, Escocia, en 1771. Desde pequeño gustó de las narraciones épicas y heroicas de los escoceses, que escuchaba a los amigos de la familia, o que leía en los libros que sobre ese asunto había en su hogar.

Siendo estudiante no abandonó la lectura de los romances e historias de su patria. Muy joven escuchó una conferencia sobre la literatura alemana, y ésta le hizo comprender que los temas históricos y nacionales eran objeto de grandes estudios, para servir como fuente de inspiración a obras literarias. La conferencia le hizo aprender alemán para enterarse pormenorizadamente del movimiento y poderlo implantar en su patria.

Pensó escribir poemas de temas nacionales y populares; pero temiendo competir con el genio de Lord Byron, prefirió hacer novelas. La primera de ellas, **Waverley**, tiene personajes que proceden de la historia, presentados familiarmente y tal como hablaban, pensaban y actuaban.

Ivanhoe es una de las novelas que más fama le dieron en el mundo, ya que su influencia llegó hasta la moda. Cuentan que en un baile ofrecido por el embajador inglés en Viena, los invitados se presentaron con trajes que representaban a los personajes de esta novela. Scott describe en ella un mundo medieval y caballeresco.

Se desarrolla en los últimos años del reinado de Ricardo I. La lucha sorda y feroz entre sajones y normandos es lo que constituye su tema. Cedric, padre de Ivanhoe, de raza sajona, tiene que luchar.

contra la adversidad, pues pertenece a un pueblo vencido; no obstante, cuenta con fieles aliados que lo ayudan a salir adelante en sus empresas.

Su pupila, Lady Rawena, de raza sajona como él, es la preocupación de su vida. En su mente forja el establecimiento del reino sajón casando a la joven con Athelstane, descendiente de Eduardo el Confesor.

Desbarata sus planes Ricardo Corazón de León, soberano de gran corazón que se había captado simpatías de normandos y sajones. Cedric acepta que Lady Rawena se case con su hijo.

Episodios interesantes por su espíritu caballeresco son los torneos en que intervienen disfrazados Ricardo Corazón de León e Ivanhoe, quienes muestran bravura al pelear.

El sitio al castillo de "Frente de Buey", da lugar a que el novelista describa uno de los episodios en que contrasta la cobardía de los normandos y la nobleza de los sajones.

Se encuentran versos en la obra porque el autor nunca pudo olvidar su afición a la poesía lírica.

Don Marcelino Menéndez y Pelayo, al referirse a Sir Walter Scott, afirma que fue el creador del romanticismo histórico en Inglaterra; que la novela en sus manos no es tesis científica ni sermón moral, sino narración poética y que sigue con ojos de amor la tradición histórica.

b) Francia.

El Romanticismo en Francia tuvo grandes exponentes. En la novela histórica se distinguieron Víctor Hugo y el vizconde Chateaubriand, propagador del idealismo cristiano.

Las figuras románticas principales fueron: Alfonso de Lamartine, con sus **Meditaciones poéticas**, en las que explica cuál debe ser el sentimiento de la poesía. Será, dice, íntima, personal, meditativa, eco profundo de las impresiones del alma; después Alfredo de Vigny y Madame de Staël. Estos escritores ordenan los conceptos en forma práctica; su influencia es muy importante, porque establecen el contraste entre la literatura clásica y la romántica. Opinaban que las poesías clásicas, apegadas a reglas duras y de gusto severo, por más

perfectas que fueran, nunca serían populares porque no tenían nada de actuales; literatura muerta que ya había tenido su expresión. La literatura romántica era indígena, la religión e instituciones propias la habían hecho florecer.

Víctor Hugo era llamado en 1867 "Padre Hugo", "Señor Hugo Todopoderoso", debido quizás al apasionamiento de sus escritos.

Su primera novela, **Bug-Jargal**, relata la insurrección de los esclavos de Santo Domingo, en 1791.

Esta novela histórica, impregnada de ternura, muestra la vida amarga de los negros cuya rebeldía estalla teniendo por jefe a Bug-Jargal, negro de complexión atlética y príncipe de una tribu africana.

Los negros de Santo Domingo, posesión francesa en esa época, sólo recibían del blanco azotes y castigos. Había, sin embargo, en Francia un grupo de hombres humanitarios a quienes llamaban negrófilos y que desde allá se oponían a ese trato.

Los negros, al estallar la rebelión, dan muerte a sus amos e incendian los cañaverales tratando así de vengarse. Bug-Jargal es un hombre diferente; sus sentimientos generosos, unidos al amor platónico que siente por la hija de su amo, lo hacen olvidar su rencor, para salvar a su amada protegiéndola hasta entregarla al esposo, su rival.

El Noventa y tres, también novela histórica, da el panorama de la lucha civil de ese año, en la región llamada La Vendée.

Los realistas, cuyo jefe era el marqués de Lantenac, querían derribar la República que contaba con hombres exaltados y de grandes ideas, como Robespierre, Danton y Marat. Estos tres habían nombrado jefe de La Vendée al conde Gauvain: valiente, pero compasivo con los caídos. Lantenac, que a su paso por los pueblos de La Vendée sembraba el terror, tiene un gesto humanitario al salvar a tres niños; acción que lo hace caer prisionero. Gauvain piensa que el hombre a quien deseaba dar muerte era un sanguinario y no aquel anciano capaz de recibir la muerte por realizar una buena obra. Reemplaza al prisionero, para ser él, el defensor de la República Francesa, guillotinado por dejar en libertad al jefe realista.

Francisco Renato de Chateaubriand nació en Saint-Malo, en 1768. Los primeros años de su vida transcurrieron en el castillo feudal de Combourg.

Pasó un año en América; lapso que le permitió admirar las maravillas de su naturaleza, todavía salvaje, la cual serviría como marco para algunas de sus obras que le han dado fama.

De **El genio del cristianismo** separó un episodio: **Atala o los amores de dos salvajes en el desierto**. Tuvo este capítulo gran éxito, porque en él están fundidas la belleza de las selvas americanas y la grandeza del cristianismo. Otro episodio del libro es **René o los efectos de las pasiones**.

En **Atala** presenta el autor una parte de Norteamérica, en la posesión francesa, cuya descripción deja ver la fase romántica del vizconde que es la compenetración de su alma con la naturaleza.

Un indio ya anciano, Cactas, narra su historia a René, joven francés que ha llegado a las tierras americanas, en busca de olvido.

En un combate que sostuvieron dos tribus de la región, pierde la vida el padre de Cactas; a éste lo adopta un español. Como no puede resistir la vida de la ciudad, porque añora sus bosques, se despide de su protector y regresa a su tierra. Por su atavío lo reconocen los de la tribu contraria y lo condenan a morir en la hoguera.

Mientras espera el día señalado para el sacrificio, conoce a Atala, hija del jefe de la tribu. El amor nace en ambos; ella arrostra peligros para salvarlo. Huyen hacia los parajes selváticos; una tarde los sorprende la tormenta y ante ellos se presenta, como ángel salvador, un ermitaño que habitaba en aquellos lugares; los lleva a su cueva y les habla de su ministerio y labor entre la gente del lugar.

El ermitaño y Cactas salen a recorrer parte del paraje; a su regreso encuentran a Atala moribunda; cuando muere, la tierra le brinda su lozanía. El fervor religioso está íntimamente ligado a esta muerte puesto que ella la acepta guiada por esa fe que da la religión a los que abandonan este mundo. Cactas, aunque al principio reniega de Dios por arrebatarle su amor, se conforma y acepta la voluntad del Todopoderoso.

René también relata su vida al anciano Cactas; vida impregnada de honda melancolía, en que por huir de un amor imposible llega a la tierra conquistada, en busca de olvido y reposo para su espíritu.

La obra de Chateaubriand más interesante para nosotros, por ser novela histórica, es **Historia del último abencerraje**. Está inspirada en un episodio de España: el escritor no solamente leyó las descripciones de los lugares a que hace referencia sino que los conoció, en un viaje que hizo a ese país.

Al principio explica ciertos antecedentes de índole histórica. La derrota de los moros y su expulsión del reino de Granada, trae como consecuencia que las diferentes tribus de esta raza se establezcan en África. Los abencerrajes lo hacen cerca de Túnez. Los ancianos describían a sus hijos las bellezas de la patria perdida; los jóvenes ansiaban contemplarla alguna vez.

La nobleza de los abencerrajes tenía puesta su dicha en el jover Aben-Hamet que un día decide hacer un viaje a la patria de sus antepasados; en Granada se extravía y lo ayuda una hermosa joven a la que el moro entrega su corazón.

Las constantes visitas de Aben-Hamet a Blanca, hacen que en ambos nazca un fuerte amor; pero los dos están orgullosos de su raza y religión, a las que sacrifican su cariño.

Un día el abencerraje descubre que Blanca es descendiente del Cid Campeador, guerrero que había dado muerte a su abuelo, a quien él deseaba vengar. Se da a conocer como el último de los descendientes de los abencerrajes y con el corazón traspasado por perder a la mujer amada, se aleja para siempre de España.

Esta obra fue muy gustada en varios países; uno de ellos, el nuestro.

Las novelas históricas mencionadas de Walter Scott, Víctor Hugo y Chateaubriand, sumamente sugestivas por los temas, nos presentan claramente el ambiente de la época, con sus protagonistas actuando en diversas situaciones descritas con elegancia.

Los conceptos, históricos, políticos o religiosos están adaptados a las tramas de las novelas.

3.—**LA NOVELA MEXICANA.**

a) **Primeras novelas mexicanas.**

Según don Luis González Obregón y don Luis Castillo Ledón, la novela mexicana de la época colonial no tuvo auge debido al misti-

cismo de ese entonces, que desvió las tendencias de los novelistas, clérigos casi siempre, limitando el terreno de sus observaciones y orientando en otros sentidos su fantasía.

Pedro Henríquez Ureña nos dice con respecto a la novela mexicana de la época colonial, que el escaso florecimiento y su aparición tardía se debieron en gran parte a las disposiciones legales de 1532 y 1534, que prohibían para todas las colonias la circulación de obras de imaginación, en prosa o en verso: "Que ningún español o indio lea... libros de romances, que traten materias profanas y fabulosas, e historias fingidas, porque se siguen muchos inconvenientes".(2)

La primera novela, **El Periquillo Sarniento**, se publica después de que las Cortes de Cádiz (1812-1814, 1820-1823) rompieron las viejas restricciones a la imprenta con lo que la prohibición contra la novela quedó abolida.

Don Alfonso Reyes piensa que lo exiguo del género novelesco mexicano en la época de la colonia se debió por una parte al recelo de los españoles que impidió la entrada a las Indias de toda "literatura de ficción", y por otra, al ambiente que no era propicio al género.

Aplicando la novela pastoril a un asunto sacro, el bachiller Francisco Bramón publicó en 1620 **Los sirgueros de la Virgen sin original pecado**. Sirguero, forma arcaica de jilguero, está tomado en lugar de cantor. La obra "tiene en su prosa páginas admirables de musicalidad, suave candor, finura descriptiva y gracia colorista".(3)

Los versos intercalados le dan un aire tradicional, como el tocotín de **El gozo mexicano**:

Bailad, mexicanos;
suene el tocotín,
pues triunfa María
con dicha feliz!

(2) Pedro Henríquez Ureña.—**Obra crítica**, México, 1960.

(3) Alfonso Méndez Plancarte.—**Poetas Novohispanos**. Primer siglo, 1942. Introducción, XXXV.

Coged frescas flores
del rostro de Abril
hacedle guirnaldas
de blanco jazmín.

Mirad que es la Madre
del fuerte David,
hermosa y más linda
que fue Abigaíl.

El alma endiosada
le venga a servir,
pues triunfa María
con dicha feliz!(4)

Don Carlos de Sigüenza y Góngora escribe un relato de tipo histórico: **Infortunios que Alonso Ramírez, natural de la ciudad de Puerto Rico, padeció en poder de ingleses piratas que lo apresaron en Islas Philipinas, como navegando por sí solo y sin derrota hasta varar en la costa de Yucatán, consiguiendo por este medio dar la vuelta al mundo**, en el cual han querido ver algunos críticos un antecedente de la verdadera novela mexicana; mezcla episodios realistas, como las descripciones de las injusticias que cometían los piratas con los prisioneros, y lo verdaderamente ficticio. La obra, escrita en forma autobiográfica, reseña la historia de Alonso Ramírez que va de un lugar a otro, con estrella adversa. En el barco de los ingleses está a punto de expirar; el capitán, que lo estimaba, entrega una fragata, tanto a él como a sus compañeros de infortunio, con la que logran llegar a Yucatán, en estado lamentable. Interesado el virrey por sus sufrimientos, lo protege concediéndole ayuda, con lo que logra cierta felicidad,

En el siglo XVIII, fray Joaquín Bolaños escribe una narración alegórica: **La portentosa vida de la muerte**, "serie de cuadros no sujetos a una verdadera unidad artística, aunque el personaje central sea la muerte, tomada como pretexto para moralizar, de acuerdo con la época" (5)

(4) Alfonso Méndez Plancarte.—Poetas Novohispanos. Primer siglo, 1942. Páginas 137-138 (id).

(5) Julio Jiménez Rueda.—Historia de la literatura mexicana. 1946, página 112.

Marcos Reynel Hernández escribe **El peregrino con guía y medicina universal de la alma** y José González de Sancha, **Fabio y Aurelia**, novela que, según Pimentel, carece de atractivos, con un argumento empalagoso, amoríos livianos, sin interés; lenguaje rebuscado, altisonante, oscuro y pedantesco.

b) **Novela nacionalista.**

La novela típicamente nacionalista, o considerada como tal por los críticos, es **El periquillo sarmiento** que describe los vicios de la sociedad mexicana de su época, debidos a muchos factores; entre otros, el fanatismo religioso y la educación deficiente. El defecto de ella, para nuestro gusto, es que intercala disertaciones y pláticas interminables que no corresponden a una obra que debe tener como fin el entretenimiento.

José Joaquín Fernández de Lizardi trató de corregir todo lo que encontraba vicioso en política, religión, administración, leyes y educación.

Manuel Payno continúa la novela nacional, con sus obras **El fístel del diablo** y **Los bandidos de Río Frío**. La diferencia entre estos dos escritores está en la idea fundamental: mientras Lizardi trata de moralizar, Payno sólo quiere interesar; introduce para esto el elemento fantástico, en largas series de episodios. La lectura continuada de **El periquillo sarmiento** fatiga, debido a las digresiones morales o disertaciones, dichas como consecuencia de la conducta de Pedro Sarmiento. En **El fístel del diablo** el lector sigue, sin detenerse, las diferentes aventuras de Arturo, de Celeste, de Manuel y del Demonio que, en forma de caballero elegante, siempre se encuentra al lado de los personajes centrales. En **Los bandidos de Río Frío** acumula episodios sobre la banda de salteadores que durante algún tiempo amenazó las diligencias que se dirigían de México a Puebla y Veracruz. Payno tomó el tema de la novela de una causa que encontró en los archivos, en que se relataba la trama de aquel grupo de asesinos mandados por el coronel Yáñez, amigo íntimo del general, y entonces presidente de la República, Antonio López de Santa Anna. Este coronel, conocido con:

el sobrenombre de "Relumbrón", cree dirigir hábilmente a sus cómplices; descubierto al fin, muere ajusticiado con algunos de sus compañeros, en la plaza de Mixcalco.

Uno de los cuadros costumbristas de mayor relieve es aquel en que describe la feria de San Juan de los Lagos, en donde año tras año se reunía lo mejor de la República y de otros países, para la venta y compra de mercancías. Los puestos improvisados y las casas ambulantes, daban inusitado movimiento a ese lugar.

Luis G. Inclán, escritor de tendencia nacionalista, con su obra **Astucia, el Jefe de los Hermanos de la Hoja o Los charros contrabandistas de la rama** logra imprimir a la novela mexicana sabor regional, pues la suya está llena de escenas y costumbres netamente mexicanas.

Lorenzo Cabello, protagonista de la novela, decide unirse a los charros que hacían el contrabando del tabaco. Su padre, al despedirse de él, le dice que recuerde siempre que "con astucia y reflexión, se aprovecha la ocasión" Al entrar a la hermanada de los charros contrabandistas, adopta el sobrenombre de Astucia, en memoria de su padre. Son muchas las aventuras de esos valientes muchachos que poco a poco sucumben.

El amor a la tierra, al terruño que amorosamente da el sustento al hombre, se refleja en la obra; sobre todo al final, cuando Astucia y otros personajes, entre los cuales se cuenta el gobernador de un Estado, renuncian a los grandes puestos, para seguir la vida de paz que sólo el campo ofrece.

El lenguaje es el de los campesinos y, por eso, interesa la obra. Muestra perfectamente el tipo de habla popular, en expresiones como: "ya mero"; "fuimos en bola"; "si ya pasaron, señor amo, dende queaque, ya estarán hasta sabaneando"; " a ver si como ronca duermeme", y tantas otras que han desaparecido.

c) **Novela de costumbres.**

Fueron costumbristas Florencio M. del Castillo y José T. de Cuéllar. El primero publicó en 1850 un volumen titulado **Horas de tristeza**, con las novelas: **Amor y desgracia**, **Hasta el cielo** y **Dolores ocultos**.

Ignacio Manuel Altamirano dice que es el novelista mexicano de mayor sentimiento:

...Sus pequeñas y hermosísimas leyendas de amores son la revelación de su genio y de su carácter. En esas leyendas no se sabe que admirar más si la belleza de los tipos, o el estudio de los caracteres, o la exquisita ternura que rebosa en sus amores, siempre púdicos, siempre elevados, o bien la elegancia y fluidez del estilo, o la verdad de las descripciones, que son como fotografía de la vida de México. Cada una de las heroínas es un ángel de bondad y de dulzura. Ellas aman, y sufren y lloran en silencio; pero jamás se desesperan, jamás se sublevan contra el destino, jamás sucumben vergonzosamente, jamás se hunden en la perdición. En esas vírgenes pálidas y enamoradas cree uno ver ángeles, y se adivinan tras de ellas las alas de la inocencia plegadas por la resignación y el dolor... Florencio tampoco ha ido a buscarlas en los palacios de los grandes de la tierra, no. Generalmente las encontró entre las clases pobres, entre las que sufren. (6)

Como principal costumbrista está considerado José T. de Cuéllar, conocido con el pseudónimo de "Facundo" La "Linterna Mágica" es el título bajo el cual agrupó sus novelas completas, 24 volúmenes. Las novelas más destacadas que allí se encuentran son: **Ensalada de pollos**, **Las jamonas**, **Historia de Chucho el Ninfo**, **Los mariditos**, **Los fuereños**, **Baile y cochino**, **El aguador**, **La Noche buena**. Refleja en ellas las luchas sociales mexicanas de aquella época; sobre todo, las de la clase media que es la que le sirve de modelo.

d) **Novela regional.**

La novela regional está representada por Ignacio Manuel Altamirano, José López Portillo y Rojas y Rafael Delgado. Los tres dejan en las páginas de sus novelas hermosísimas imágenes de la provincia. Altamirano, en **Clemencia** y **El Zarco**; López Portillo, en **La parcela**, y Rafael Delgado, en **La Calandria**, **Los parientes ricos**, **Angelina**.

La vida de Ignacio Manuel Altamirano queda plasmada en su obra, tanto poética como novelesca. Amó profundamente la tierra que

(6) Ignacio Manuel Altamirano.—"Retratos de la Sala Iconográfica" **El Universal**, junio 28 de 1959.

lo vio nacer, y llevó en su espíritu el recuerdo de sus bosques, de sus pájaros y de sus flores.

En **Clemencia** presenta un ambiente provinciano: el de Guadalajara. Fernando Valle, el joven militar sufrido y callado, posee sentimientos románticos que le atraen las burlas de sus compañeros que no conciben la melancolía y la tristeza en un soldado que debe ser todo alegría y broma; Clemencia e Isabel, las dos mujeres de la novela, no saben apreciar al hombre bueno. Hay mucho del alma del poeta, cuando habla de la mujer de corazón, de la que ama los sentimientos nobles del hombre y sabe corresponder a ellos con ternura.

Rafael Delgado, en **La Calandria**, presenta igualmente la vida provinciana. Gabriel, hombre honrado y trabajador, enamorado de Carmen, "la Calandria", sufre al ver cómo las amigas cambian los sentimientos de la mujer a quien había consagrado un altar. Carmen recibe el castigo al cual se hace acreedora, por no obrar conforme a las prácticas de rectitud que recibió en la infancia.

e) **Novela romántica.**

La novela romántica fue cultivada por José Rivera y Río, en **Los misterios de San Cosme**; Pedro Castera, en **Carmen**, y José Rafael Guadalupe, en **Amalia**. De las tres obras señaladas, la que alcanzó mayor popularidad fue **Carmen**. Carmen, la protagonista de la novela, es una joven de 15 años. El autor, pues la obra está escrita en forma autobiográfica, la ama apasionadamente; cuando se entera de que la joven es su hija, se horroriza; pero ni aún así deja de amarla. Desvanecido el error, regresa al lado de Carmen, a la que encuentra moribunda. Al pasar los años, lo que más anhela es reunirse con ella en la región donde las almas jamás se separan.

Carmen es una novela vivida por su autor. Castera amó con locura y volcó en el papel sus sentimientos.

f) **Novela realista.**

La novela realista tuvo tres principales representantes: Emilio Rabasa, Federico Gamboa e Hilarión Frías y Soto.

Emilio Rabasa escribió: **La bola, La gran ciencia, El cuarto poder y Moneda falsa.** En esas novelas, se refiere a unos hombres que inician una pequeña revuelta y que al final regresan a su tierra, donde no son nadie, pues sólo la revolución los elevó, no teniendo méritos para ello. Es el tipo clásico de obra realista, porque, en el ambiente mexicano, en muchas ocasiones, el que más sacrificó por el ideal revolucionario, regresó, no como héroe, sino como un desconocido.

Federico Gamboa escribe **Santa**, la novela de una cortesana, obra de mucha crudeza que trataba de moralizar insistiendo en lo malo de la culpa; **Suprema ley, Reconquista y La llaga**, en la que el personaje principal es un presidiario que lucha por rehacer su vida, una vida de bondad y de bien. También son novelas realistas.

g) **Novela histórica.**

Respecto a la novela histórica, la influencia de la vida del mexicano en las letras, se nota palpablemente en tres períodos diversos, en los cuales se busca la solución a ciertos problemas nacionales.

El primer período abarca once años de lucha, de 1810 a 1821. Hay una literatura política: manifiestos, crítica, discursos de propaganda. Independientemente de esa literatura, hay poesía patriótica inspirada en aquella lucha y novela y teatro que orientan al pueblo. La novela trata temas que interesan al lector: las costumbres, el modo de vivir y, sobre todo, los hechos históricos.

El segundo período, en el que los escritores se enardecen con sus ideales, llega a 1868, con la restauración de la República.

Al consumarse la independencia política de México, prosiguen las luchas para alcanzar una verdadera independencia económica, pues la clase privilegiada impedía que la estructura económico-social pudiera establecerse. La lucha se plantea entre dos grupos: liberales y conservadores.

El siglo XIX está lleno de movimientos políticos: presidentes que caen, otros que toman el poder; revueltas porque unos anhelan la república y otros la monarquía, éstos buscan un príncipe extranjero que gobierne nuestra patria. La lucha intensa, hasta el sacrificio de Maximiliano en el cerro de las Campanas, hace que este segundo período

sea rico en acontecimientos que aprovechan los autores de novelas históricas, para sus obras. A muchos de ellos les tocó tomar parte activa en aquellos, y sus páginas están impregnadas de situaciones que vivirán siempre en su pensamiento.

El iniciador de la novela histórica mexicana fue don Justo Sierra, padre, con sus novelas **La hija del judío** y **Un año en el hospital de San Lázaro**. En la primera, plantea el problema de la lucha entre el poder de la Inquisición y el poder de los jesuitas, que con inteligencia saben defender los derechos de la protagonista: María, la hija del judío.

Don Luis Castillo Ledón distingue en la novela histórica tres períodos: el primero de iniciación a partir de la publicación de **La hija del judío**, en 1848; el segundo, de desarrollo y apogeo; el tercero, de la Revolución social-democrática, hasta nuestros días.

Pertenecen al primer período: Juan Díaz Covarrubias, con **Gil Gómez, el insurgente**; Francisco de P. Palomo, con **Luisa o San Luis Potosí desde 1858 hasta 1860**; Gregorio Pérez, con **El ahorcado de 1848**; Manuel C. Villaseñor y Arméndariz, con **Agripina y su duende**; Pascual Almazán, con **Un hereje y un musulmán**; Jesús Echáiz, con **El paladín extranjero** y **La envenenadora**; Francisco de P. Ruenova, con **El reformador en México**; Manuel Filomeno Rodríguez, con **Los asesinos del Dongo**; J. Miguel Pastor, con **Miseria y opulencia**; Bernardino de Jesús Quiroz, con **Siempre el bien y la virtud**; J. R. Hernández, con **Azcaxóchtli o La fecha de oro**; Manuel Martínez de Castro, con **Julia**; Flavio A. Paniagua, con **Lágrimas de corazón. Una rosa y dos espinas. Florinda, La cruz de San Andrés y Salvador Guzmán**; Ignacio Manuel Altamirano, con **Clemencia** y **El Zarco**. De este último autor se habló al referirse a la novela regional.

Al segundo período corresponden: Eligio Ancona, **La cruz y la espada, El filibustero. Los mártires del Anáhuac, El conde de Peñaiva, Memorias de un clérigo**; Enrique de Olavarría y Ferrari: **Episodios históricos mexicanos**; Vicente Riva Palacio: **Calvario y Tabor, Martín Garatuza, Monja y casada, virgen y mártir, Las dos emparedadas, Los piratas del Golfo. La vuelta de los muertos. Memorias de un impostor, Un secreto que mata. Don Guillén de Lampart, rey de México**; Ireneo Paz: **La piedra del sacrificio, Amor y suplicio, Doña Marina**; Victoriano Salado Alvarez: **De Santa Anna a la Reforma y La Intervención**

y el Imperio; Alejandro Villaseñor y Villaseñor: **Memorias de un estudiante, Las cuevas de Guadalupe**; Manuel Balbontín: **Inés, Tulitas la pelona**; C. Mendoza: **El grito de Independencia, La máscara de bronce**; Alberto Lombardo Hidalgo: **Morelos**; Manuel Merino: **La gruta del madrigal o Celestina, Juana Santa Anna, Ruta**; Abraham Sánchez Arce: **Grito de Independencia, Peregrinación de Juárez**; Eulogio Palma y Palma: **La hija de Tutul-Xiu**; J. Valle de Santiesteban: **Los amantes de Udalla**; José Severino de la Sota: **El grito de Dolores**; Demetrio Mejía: **Entre el amor y la patria**; Manuel A. de Palacio: **Crímen y Castigo**; Juan de Dios Peza: **Perucho, nieto de Periquillo** (solo apareció la primera parte); Pablo Zayas Guarneros: **La invasión americana**; Eutimio Roldán: **Quetzal y Metzt'ixóchtli**; Rafael de Zayas Enríquez: **El teniente de los gavilanes**; Eduardo Ruiz: **Un idilio a través de la guerra**; Juan Pedro Didapp: **Proceso**; Emilio Rodríguez Iglesia: **El crímen de los tepames**; Alfonso M. Maldonado: **Nobles y plebeyos**; Pablo Robles: **Los plateados de Tierra Caliente**; Niceto de Zamacois: **El mendigo de San Angel** y Juan Antonio Mateos, a quien dedico mi estudio.

Al tercer período pertenecen: Heriberto Frías, con **¡Tomóchic! El triunfo de Sancho Panza y ¿Aguila o Sol?** Alfonso López Ituarte, con **Satanás**; Roberto Villaseñor, con **El separatismo en Yucatán**; Angel T. Montalvo, con **El crímen de un comisario de policía**; Artemio de Valle Arizpe, con **Ejemplo, Doña Leonor de Cáceres y Acevedo y Cosas tenedeadas, La movible inquietud, Amor que cayó en castigo**; Lino Matamoros, con **El terror, El paso de Lerma**; Arturo Fenochio, con **El marqués de Metlac, El emperador de México**; Salvador Quevedo y Zubieta, con **La camada, En tierra de sangre y broma, Las ensabonadas**; Manuel Brioso y Candiani, con **Siempre viva**; Héctor Ribot, con **El Atila del sur**; Mariano Azuela, de quien señalaré después otras obras, con **Andrés Pérez, maderista, Las moscas, Los de Abajo, Las tribulaciones de una familia decente**; Esteban Maqueo Castellanos, con **La ruina de la casona**; A. Granja Irigoyen, con **El bachiller de Vasconcelos**; Rubén M. Campos, con **Aztlán**; Martín Luis Guzmán, con **La sombra del caudillo**; Francisco Urquiza, con **Tropa vieja**; José Manuel Puig Casauranc, con **Juan López Sánchez, López y López Sánchez de López**; Gregorio López y Fuentes, con **Campamento, Tierra, Mi general**; Ramón Puente, con **Juan Rivera**; Luis A. Rodríguez, con **La monja Alférez**; José Rubén Ro-

nero, con **El pueblo inocente**, **Mi caballo, mi perro y mi rifle**, **Apuntes de un lugareño**, **Desbandada**; Rafael Felipe Muñoz, con **Se llevaron el cañón para Bachimba**, **Vámonos con Pancho Villa**; Mauricio Magdaleno, con **El resplandor**, **Tierra Grande**; Alberto Quiroz, con **Lupe Fusiles**; José C. Valadés, con **Las caballerías de la revolución**; José Asunción Reyes, con **El automóvil gris**; Ricardo L. Vázquez, con **La monja de la revolución**; César Garizurieta, con **Memorias de un niño de pantalón largo**; Andrés Iduarte, con **Un niño en la Revolución mexicana**.

Los movimientos de armas efectuados en varios lugares de nuestra república, durante los años de 1926 a 1929 y de 1934 a 1937, al grito de "¡Viva Cristo Rey!" sirvieron de tema para las novelas, conocidas con el nombre de "cristeras", que se consideran históricas porque relatan hechos verídicos de una época de la vida mexicana. Por medio de esas obras conocemos la situación de nuestro país, en esos años, y los sentimientos de los que abandonaron hogar, comodidades, para dar su sangre por el ideal: la defensa de su credo.

Algunos autores de novelas cristeras son: Jorge Gram, con **Héctor y Jahel**; Fernando Robles, con **El santo que asesinó** y **La Virgen de los cristeros**; "Spectator", con **Los cristeros del volcán de Colima**; Jesús Goytortúa, con **Pensativa**; Jaime Randd, con **Alma mexicana**, **Doña Angustias**, **La roca**; Alberto Quiroz, con **Cristo Rey** o **La persecución**; Luis Rivero del Val, con **Entre las patas de los caballos**.

En 1884 aparece una novela social, **Perico** de Arcadio Zentella Priego. Se presenta en ella la vida miserable de los peones mexicanos, en el estado de Tabasco.

Arcadio Zentella Priego, tabasqueño, Director de Instrucción Primaria en su entidad, cuñado del escritor Manuel Sánchez Mármol, se cree que murió en la ciudad de México, en 1910. Quiso poner de manifiesto en la novela que nuestra patria necesitaba un cambio en todos los aspectos de la vida, pues la injusticia y la voracidad de los influyentes y de los ricos tenía al país sumido en la miseria.

Zentella Priego veía en esa época, 1884, que la situación de los hombres terminaría cuando ellos se hicieran justicia, o sea cuando se levantarán en armas proclamando sus derechos como ciudadanos, merecedores de trato de seres humanos y no el que recibían de seres irracionales.

Los problemas están planteados en el desarrollo: Perico, el protagonista, desde que nace en una hacienda azucarera, en el estado de Tabasco, trae el estigma del dolor, de la miseria. Su padre, encadenado día y noche durante años, por el solo delito de que su mujer había agradado al amo, es un esqueleto que inconscientemente trabaja y vive. Antes de morir aconseja al hijo que de muerte al poderoso, al malvado. Su madre, otra víctima del amo también aconseja al muchacho que lo mate; pero los sentimientos nobles de Perico rechazan esa idea, hasta el día en que ve que el amo quiere arrebatarle a su novia, único cariño con que cuenta ese ser miserable descrito con gran realismo por Zentella Priego.

Consumado el asesinato huyen los novios; pero los encuentran y Perico es sentenciado a muerte porque mató al amo, que en la sociedad era tenido por un hombre decente.

Los infortunados jóvenes escapan y cruzan el río que separa Tabasco de Chiapas, logrando en esta última entidad alcanzar la felicidad por la que supieron luchar demostrando que el bienestar tiene que conquistarse con sangre y lágrimas.

La novela, episodio de la vida mexicana del siglo pasado, fue una llamada de atención a todos los sufridos hombres del país, para que lucharan por conquistar sus derechos, al recibir un trato de seres humanos y no de utensilios cuyo dueño podría arrojar, por considerarlos inútiles y estorbosos.

h) Novelas de 1906 a 1961.

En los últimos cincuenta años los escritores han utilizado el vastísimo campo de la novela, para la expresión del sentimiento nacional en todas sus manifestaciones: ya siguiendo los senderos de lo autóctono, ya espigando en el multicolor folklore, ya reviviendo lo tradicional o histórico, hablando del progreso actual, de la ciencia y la técnica moderna, sin descuidar la propaganda.

La lista de escritores y obras es inagotable y el tema de las novelas va marcando la etapa emocional en que el país vive y el autor se desenvuelve. Si se toma en cuenta que la novela expresa el sentimiento y más aún, lo excita, lo provoca, es fácil comprender cuánto han contribuido a la manifestación de lo nuestro.

De estos autores algunos ya traspasaron el dintel de la vida: Carlos González Peña: **De noche, La chiquila, La musa Bohemia, La fuga de la quimera**; Mariano Azuela: **María Luisa, Los fracasados, Mala yerba, Sin amor, Los caciques, La malhora, El desquite, La luciérnaga, Pedro Moreno, el insurgente, El camarada Pantoja, San Gabriel de los Valdivia, La marchanta, La mujer domada, Sendas perdidas**; Félix F. Palavicini: **Los irredentos, ¡Castigo!** José Juan Tablada: **La resurrección de los ídolos**; Mariano Silva y Aceves: **Cara de Virgen**; Julio Jiménez Rueda: **Sor Adoración del Divino Verbo, La desventura del conde Kadski**; Manuel Horta: **El tango de Gaby, El caso vulgar de Pablo Duque**; Alfonso Teja Zabre: **Alas abiertas, La esperanza y Hatiké**; José Rubén Romero: **La vida inútil de Pito Pérez, Anticipación a la muerte, Una vez fui rico, Algunas cosillas de Pito Pérez que se me quedaron en el tintero, Rosenda**; Genaro Estrada: **Pero Galán**; José Asunción Reyes: **Heracio Bernal, el rayo de Sinaloa**; José Mancisidor: **La asonada, En la rosa de los vientos, Frontera junto al mar, Alba en las simas, Se llamaba Catalina, Nueva York revolucionario, Peter Wallace, El bucanero caribeño**; Francisco Rojas González: **La negra Angustias, Lola Casanova**; Eduardo J. Correa: **Las almas solas, Los impostores, Lo que todas hacemos, Los modernos, La reconquista, La sombra de un prestigio**; Jorge Ferretis: **Tierra caliente, El sur quema, Cuando engorda el Quijote, San Automóvil, Hombre en tempestad**; Teodoro Torres: **La patria perdida, Golondrina**.

Los novelistas actuales son: Martín Gómez Palacio: **La loca imaginación, A la una, a las dos y a las...**, **El santo horror, El mejor de los mundos posibles, La venda, la balanza y la ejpá, El potro, Cuando la paloma vence al cuervo, Viaje maduro, Entre riscos y entre ventisqueros, La ambición del diablo**; Francisco Monterde: **El madrigal de Cetina, El secreto de la escala, Un autor novel, Moctezuma II, señor del Anáhuac**, que es la más bella obra escrita sobre la vida del rey cuya personalidad ha sido tan falseada por la leyenda. Está basada en fuentes históricas; pero la pluma delicada y armoniosa del autor hizo de ella una obra de arte en la que se mezclan la ternura, el valor la belleza y el fatalismo, con la visión del Anáhuac destruido por la conquista; Dolores Bolio: **Una hoja del pasado, En silencio, Un solo amor**; Xavier Icaza: **Dilema, Gente mexicana, La hacienda, Panchito Chapo-**

pote; María Luisa Ocampo: Bajo el fuego, La maestra, Ha muerto el doctor Benavides, Atilayapan, Sombras en la arena; Agustín Yáñez: Al filo del agua, La creación, La tierra pródiga, Las tierras flacas; Ermilo Abreu Gómez: El Corcovado, La vida milagrosa del venerable siervo de Dios Gregorio López, Héroes mayas, trilogía que sintetiza la época, dentro de ella se destaca Jacinto Canek; Fernando Robles: A la sombra de Alá, El amor es así, La Argentina también es México, Sucedió ayer, Cuando el águila perdió sus alas, La estrella que no quiso vivir; Mauricio Magdaleno: Mapimí, Campo celis, Concha Bretón, Sonata, Cabello de elote; Rosa Castaño: La gaviota verde, Rancho estradeño, El torrente negro, El coyote, La sequía, Fruto de sangre, Transición; Raúl Carrancá y Trujillo: Pérez, Camaradas; Aurelio Robles Castillo: Surcos, ¡Ay, Jalisco... no te rajes, o La novela de la guerra santa, María Chuy Jungla, Los refugiados; Jesús R. Guerro: El diputado Taffoya, Oro blanco, Los olvidados, Los días apagados, El punto final, El corral pintado; Efrén Hernández: Cerrazón sobre Nicomaco, La paloma, el sótano y la torre, El señor de palo; J. T. Núñez de Guzmán: Infancia campesina, Cuadros del campo y de la revolución mexicana, Mi infancia en la revolución; Magdalena Mondragón: Puede que el otro año, Yo como pobre, Más allá existe la tierra, Norte bárbaro, El día no llega, Tenemos sed; Rubén Salazar Mallén: Camino de perfección, Páramo, Ojo de agua, Camaradas, Soledad; José Revueltas: Los muros de agua, El luto humano, Dios en la tierra, Los días terribles; Roberto Blanco Moheno: Cuando Cárdenas nos dio la tierra, Amor y muerte, Jicaltepec, Un son que canta en el río; Rafael Solana: El sol de octubre, Los santos inocentes, La casa de la Santísima, El palacio Maderna; Luis Spota: El coronel fue echado al mar, Murieron a mitad del río, Vaqabunda, Las grandes aguas, El tiempo de la ira, Las horas violentas, La sangre enemiga; Emilio Carballido: La veleta oxidada; Fernando Benítez: El rev viejo, El agua envenenada; Rosario Castellanos: Balún Canán, Oficio de tinieblas; Héctor Raúl Almanza: Huelga blanca, Candelaria de los patos, Brecha en la roca; Miguel Álvarez Acosta: Xilitla, Muro blanco en roca negra; Ramón Rubín: El callado dolor de los Tzotziles, La canoa perdida, La sombra del Techincuarúe, La bruma lo vuelve azul; Sergio Fernández: Los signos perdidos; Carlos Fuentes: La región transparente, Las buenas conciencias; Juan Rulfo: Pedro Páramo.

Desde el año de 1941, el diario de México **El Universal** ha convocado a los escritores mexicanos a participar en el concurso anual que tiene por objeto premiar a los que escriban las mejores novelas sobre la realidad mexicana, desde los puntos de vista de ambiente y de idiosincrasia nacionales.

Los escritores que hasta la fecha han sido premiados son los siguientes:

- 1941.—**Ciudad** - José María Benítez.
- 1942.—**El hombre de barro** - Adriana García Roel.
- 1943.—**El jagüey de las ruinas** - Sara García Iglesias.
- 1944.—**Pensativa** - Jesús Goytortúa Santos.
- 1945.—**Las islas también son nuestras** Gustavo Rueda Medina.
- 1946.—**Playa paraíso** - Gilberto Chávez Jr.
- 1947.—**La escondida** - Miguel N. Lira.
- 1948.—**Río humano** - Rogelio Barriga Rivas.
- 1949.—**Vainilla, bronce y morir** - Lilia Rosa.
- 1950.—**Otoño estéril** - Evelina Bobes Ortega.
- 1951.—**La mayordomía** - Rogelio Barriga Rivas.
- 1952.—**Universidad** Carlos Elizondo Alcaraz.
- 1953.—**Tierra de Dios** - Concha de Villarreal.
- 1954.—**Toña Machetes** - Margarita López Portillo.
- 1955.—**Una sombra en los brazos** - Gilberto Chávez Jr
- 1956.—**La mujer dormida** - Rafael Trujillo.
- 1957.—**Mal país** - Alfonso Romero Carreño.
- 1958.—**Luna roja** - Carlos Chávez Landero.
- 1959.—**El desierto mágico** - Concha de Villarreal.
- 1960.—**A la sombra del yaxché** - María Teresa Santoscoy.
- 1961.—**Los niños de la calle estrecha** - Alonso Román.

Todos los literatos a que me he referido enaltecen con sus obras, la literatura mexicana.

La calidad del estilo, la fuerte visión tan certeramente empleada por los escritores nacionales, ya por sus temas o por la forma de tratarlos, hacen que en la literatura mexicana la novela represente una valiosa floración.

CAPITULO II

DATOS BIOGRAFICOS DE DON JUAN ANTONIO MATEOS

Juan Antonio Mateos, abogado, novelista, poeta y orador, nació en Mazatlán, Sinaloa, el 24 de junio de 1831 y murió en México el 29 de diciembre de 1913.

Su padre había luchado por la Independencia. Juan Antonio tuvo varios hermanos: Miguel que alcanzó el grado de coronel; José que fue abogado, y Manuel, sacrificado con los "mártires de Tacubaya"

Estudió en el Instituto Literario de Toluca y en el Colegio de San Juan de Letrán de la ciudad de México, donde cursó la carrera de jurisprudencia.

Fue miembro activo del partido liberal. En el período de la Intervención colaboró con el periódico **La Orquesta** donde aparecieron unas décimas en las que censuraba a ciertos dirigentes franceses; esto ocasionó que fuera desterrado a las playas de Yucatán, con otros compañeros que él llamó "parvada de golondrinas que anuncia la primavera del triunfo revolucionario"

En 1867, vuelto del destierro, se incorporó al Ejército de Oriente, a las órdenes del general Porfirio Díaz; asistió a las principales batallas libradas por aquel brillante cuerpo militar, hasta el sitio y ocupación definitiva de la capital de la República.

Al triunfo de la causa liberal, don Benito Juárez lo nombró Secretario de la Suprema Corte de Justicia. Cuando este presidente de la República falleció, el 18 de julio de 1872, Juan Antonio Mateos le de-

dicó unos pensamientos, el 20 de aquel mes, los cuales aparecen al final de este trabajo, como apéndice, por ser escasamente conocidos.

En el Congreso pronunció abundantes discursos, los más famosos fueron sobre la amnistía, el divorcio y la cremación.

Al dejar la Cámara fue puesto al frente de la Biblioteca del Congreso.

Su actividad literaria fue muy amplia.

Escribió las siguientes novelas históricas y de costumbres: **Sacerdote y caudillo. Los insurgentes. Sangre de niños. Memorias de un guerrillero. El sol de mayo. El cerro de las Campanas. Olas altas. Baja marea. El vendedor de periódicos. Las olas muertas. Los dramas de México. Sor Angélica. Sepulcros blanqueados. El conde de Monteleone. Batallas femeniles. Iris verde. Onda fría** y por último, **La majestad caída**. Dejó dos obras inéditas: "Hidalgo" y "Morelos"

En sus poesías líricas, romances, poemas y piezas dramáticas, figuran las décimas del romance histórico "La Campana de Dolores", de las cuales incluyo a continuación algunas, por tratarse de una pequeña obra de tema histórico.

XLVI

¡A morir! todos clamaron.
Lanzados sin saber cómo,
Y sobre la cruz del pomo,
¡INDEPENDENCIA, juraron!
Sonó su grito en la historia.
Y para inmortal memoria,
Se oyeron lentas, pausadas,
Vibrar ONCE campanadas
Como once ritmos de gloria.

LXXIX

¡Sube con tu frente clara
Al cadalso, heróico ejemplo
Para ti la historia es templo
Y el patíbulo es el ara!

¡Lleva tu fama preclara
Luz esplendente de gloria!
¡Oh qué gigante memoria!
¡Qué recuerdo tan profundo!
¡Cumpliendo estás en el mundo
La ley fatal de la historia!

LXXXIII

Esa campana que un día
Entre el rudo desconcierto,
Resucitó a un pueblo muerto,
A una nación que dormía;
La escuchamos todavía,
Timbre augusto en nuestra historia,
Que guardará esa memoria
Entre su bronce bendito,
Con aquel solemne grito
De INDEPENDENCIA y de gloria! (1)

Entre sus obras dramáticas se cuentan: **Odio hereditario**, **Borrascas de un sobretodo**, **Política casera**, **La catarata del Niágara**, **La muerte de Lincoln**, **El novio oficial**, **El plagio**, **El otro**, **Los grandes tahures**, **La monja Alférez**, **La rubia y la morena**, **El ave negra**.

Como autor dramático y como novelista, tiene el mérito de haber contribuído a crear el drama y la novela nacionales.

Acerca de su muerte, **El Imparcial** de fecha 31 de diciembre de 1913, incluye los pensamientos llenos de amargura que figuran en el apéndice de este trabajo.

Los restos del ilustre patriota don Juan Antonio Mateos fueron sepultados en el Panteón Francés; pero no se tiene noticia exacta de cuándo fueron exhumados de ese cementerio. Reposan en la actualidad, como premio otorgado por la Patria a su vida fecunda, en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

(1) "La campana de Dolores".—Páginas 10, 16.

CAPITULO III

TRAMA Y PROCEDIMIENTOS SEGUIDOS EN LAS SEIS NOVELAS ESTUDIADAS

- a) **Sacerdote y caudillo.** b) **Los insurgentes.** c) **Memorias de un guerrillero.** d) **El sol de mayo.** e) **El cerro de las Campanas.** f) **La majestad caída.**

Las obras sobre las que está basado el presente estudio: **Sacerdote y caudillo.** **Los insurgentes.** **Memorias de un guerrillero.** **El sol de mayo.** **El cerro de las Campanas** y **La majestad caída,** ofrecen en sus tramas características diferentes, ya que las acciones de los personajes difieren, según las épocas y la actuación de cada uno. Es de suponerse que los personajes que en ellas aparecen representan la época y sus costumbres.

Mateos anima, en sus personajes, ese conjunto de posibilidades de la acción, para hacer más interesante la trama de sus obras. Se observa en las mismas que hay pasajes en que se va desvaneciendo la urdimbre del tema que se propone desarrollar; pero en el momento más apropiado revive, con fuerza propia, a sus personajes y anima la acción que representan.

Juan Antonio Mateos es un novelista que se apasiona por sus personajes, que los hace vivir dentro de su corazón, de su espíritu, y él influye con todo lo que tiene de grande, de fuerte y de apasionado, porque en todas sus obras se advierte el entusiasmo que sorprende al lector, quien ve al través de la obra, la personalidad del autor, que eleva por encima de sus posibilidades, su propia obra.

a) **Sacerdote y caudillo.**

En esta obra la trama debía ser más sencilla, porque el personaje central es bastante conocido y admirado; pero al escritor le pareció oportuno complicar el asunto y aparecer como costumbrista, al mostrar ciertos aspectos de la época a que corresponde el tema de la misma. A esto se debe la diversidad de personajes y aventuras que en ella aparecen y que en ocasiones, sin ocupar el primer plano, hacen que la figura central se esfume, aparentemente, hasta desvanecerse.

Cuando en la primera parte nos encontramos con el Padre Hidalgo, Rector de San Nicolás, suponemos que su vida seguirá paso a paso hasta llegar a Dolores. Pero Mateos imprime a la obra un nuevo desarrollo. Intercala atrayentes aventuras con personajes ficticios, con los que el lector convive olvidándose de que, aquello que lee, es una novela histórica.

Ya en la tercera parte se recuerda que va a desarrollarse el preludio de 1810, cuando son víctimas del infortunio los primeros mártires: fray Melchor de Talamantes y el licenciado Verdad. Llega esparciendo bondades, con su sonrisa apacible y su agudo ingenio, la figura central, el señor Cura de Dolores, y junto a él toda la juventud entusiasta que anhela un México libre.

Las primeras figuras de nuestra Independencia cobran vida y se mueven rápidamente en Dolores, San Miguel el Grande, Guanajuato, Valladolid. . ., hasta que se acercan al final del drama, en Chihuahua.

¡Cuánto sentimiento sabe infundir a estas páginas el escritor! El mexicano no puede más que conmoverse ante la grandeza de esas almas que legaron páginas de heroísmo con su propio corazón.

Y entremezclados con una armonía que atrae, los personajes ficticios también han llorado y reído, como los reales, hasta llegar a la meta, el final de la vida: la muerte.

Juan Antonio Mateos empleó en la obra el tipo de folletín que tanto se usaba en Europa en esa época, sobre todo en Francia, procedimiento que utilizaron, entre otros, Eugenio Sue, Pablo Feval y los Dumas.

El primer capítulo, en el que se describe a los padres de Miguel Hidalgo: Cristóbal Hidalgo y Ana María Gallega, el aspecto de la

vida es risueño; hay alegría, ilusiones, en esa juventud un tanto des-preocupada ante el dolor de los semejantes.

En las seis partes que integran la novela, la presentación de la vida ya es realista, los barrios bajos de las ciudades de Valladolid y México, con la miseria de los habitantes, miseria que muchas veces es moral, hace que el lector se de cuenta de la vida del mexicano en los primeros años del siglo XIX. El pueblo tenía miedo del Santo Oficio y de los hombres que lo manejaban. Se observa cómo los mestizos luchan contra la injusticia; las reformas sagradas que llevaban en su mente hacen que sucumban ante sus enemigos.

Se logra en la novela plasmar perfectamente la primera etapa de la lucha de Independencia. El pueblo, cansado, deseoso de una vida mejor oye la voz del guía, del que promete la libertad por la que se lanza a combatir sabiendo que no alcanzará el triunfo sino que será inmolado, pero con la mente fija en el porvenir cuyo legado disfrutarían sus hijos.

b) Los insurgentes.

Presenta, desde las primeras líneas, una trama interesante. Hernán Cortés, a su paso por Tlaxcala, consigue de los altos jefes que no se le ataque; pero Xicoténcatl, desobedeciendo las órdenes recibidas, se enfrenta a los españoles y lo derrotan. Se le ahorca, y ante su cadáver, su hijo Xicoténcatl y los capitanes Tizoc y Popoca juran luchar siempre por la libertad que en esos momentos se les arrebató. El astrólogo del lugar ha escuchado el juramento y añade, para infundirles valor en la lucha, que el muerto lleva atado al cuello un collar con tres esmeraldas. Se lo quita, desengarza las piedras preciosas y entrega a cada uno, una de ellas, haciéndoles la profecía de que cuando esas piedras vuelvan a reunirse la Patria será libre.

Pasan los años, las generaciones se suceden y llega el momento solemne en que, en un pueblito sin importancia, se deja oír el tañido de la campana que anuncia la libertad. Ha muerto el autor del grito de Dolores; pero muchas almas han respondido a su llamado: por todas partes crece el entusiasmo para ir a ofrendar sus vidas.

En el sur, en el Estado de hombres valientes y patriotas, Guerrero, hay una fiesta en honor de la pareja que en esos momentos acaba

de unir sus vidas: Nicolás Bravo y Margarita Guevara. Pero en el bullicio del agasajo, las risas y los brindis, se empieza a desenvolver una etapa más de la guerra de Independencia.

Los insurgentes son atacados por los realistas, a los que derrotan los hermanos Bravo en la hacienda de Chichihualco. Mateos relata batallas que sostienen el grupo insurgente y el de los españoles; la descripción es amena e interesante; se siente el deseo de convivir con esos hombres que han dejado sus memorias en el corazón del patriota: Morelos, Galeana, los Bravo, José María Izazaga, Julián Avila y otros próceres que nos cautivan por su valor y sus hazañas.

Pero siguiendo su táctica de intercalar aventuras, el escritor, con una habilidad sorprendente, y después de relatarnos las historias de las tres esmeraldas, hace que sus últimos poseedores vivan y actúen en un ambiente real; los encontramos en el campo insurgente y en el realista. Hay retos, agravios, amenazas, rencores, reconocimientos, hasta que se llega al año de 1821. La paz va a firmarse, la Independencia se ha consumado, los héroes caídos, la sangre derramada van a estar presentes en ese momento, y todavía las esmeraldas siguen su camino; se han movido sin descanso hasta recaer, por una ironía de la vida, en el ser abyecto que guiado por los celos comete crímenes; es un realista que pensaba que por poseer él una de las esmeraldas, la profecía del astrólogo no se cumpliría; pero he allí que se rinde ante la evidencia, pues ve que se reúnen las tres esmeraldas: la Patria es libre.

Quien imprime en tan bellas páginas un interés que no decae sino que a cada momento es mayor, logra plasmar perfectamente, teniendo por marco esta leyenda, a todos los que siguieron las huellas de Morelos: los hermanos Rayón, don Vicente Guerrero, Mina, Pedro Moreno y otros más.

Los hermosos capítulos de esta novela en que se relata la lucha contra los españoles que ya se ha extendido por los ámbitos de la República, muestran un panorama bastante apegado a la realidad histórica. La obra contiene los episodios en que toma participación el pueblo, con el entusiasmo delirante que sugiere el anhelo de libertad. Con apasionamiento, como si el autor tomara parte en la lu-

cha, estima la grandeza del panorama que se desenvuelve, siendo el heroísmo de los mexicanos lo más apasionante.

c) Memorias de un guerrillero.

Esta obra relata la lucha entre liberales y conservadores, en los años de 1855 a 1861.

El principal protagonista es Manuel Mateos, hermano del autor.

La trama está ceñida al momento histórico que se propone relatarlos.

El retiro del general Alvarez, la presidencia de Ignacio Comonfort, su golpe de Estado y la lucha entre hermanos, con todo lo que ésta puede ofrecer: triunfos, derrotas, hazañas gloriosas, asesinatos, hasta terminar con la entrada a México del presidente Benito Juárez.

Siguiendo el orden cronológico de los acontecimientos, la trama es más sencilla, pues los pasajes en que intercala los amores estudiantiles están apegados a ese momento histórico.

Todos los estudiantes, alegres y soñadores, que se unieron al movimiento revolucionario, mueren uno a uno, dejando en el corazón del que todavía no emprende la última marcha, la tristeza por el hermano que se va sin haber alcanzado el triunfo. Los estudiantes sacrificados en Tacubaya le dan marco para expresar frases doloridas y conmovedoras; pero al mismo tiempo de admonición por el asesinato cometido por el Tigre de Tacubaya, ya que uno de los caídos en esa ocasión fue Manuel Mateos, héroe de toda la obra, que ofrenda su vida en compañía de Juan Díaz Covarrubias.

A este respecto, es necesario estimar el dolor que pudo producir la descripción de la tragedia, quizás hasta hacer sangrar su corazón, pues se deduce que Manuel Mateos era el objeto de su afecto fraternal. En varias partes de su obra lo menciona dándole posibilidades de ser el más vivo de sus personajes, que propiamente vivió en su corazón.

Deseo agregar que los actos que contiene la historia, salpicados con la sangre noble y generosa de sus hijos que han llegado al sacrificio, queda fresca en las páginas de la historia y en el alma del ilustre novelista Juan Antonio Mateos, cuya obra constituye el tema más grande y más fuerte para los traidores y asesinos.

En esta novela el autor no sólo es el apasionado narrador de una etapa gloriosa de nuestra historia. Se convierte en un personaje que toma participación directa en la lucha reivindicadora. Tanto él como sus hermanos Miguel y Manuel, son actores reales que pugnan por la causa liberal cuya tendencia adopta la revolución de Ayutla en la que se asientan los principios fundamentales de las leyes de Reforma.

d) **El sol de mayo.**

Es un canto al heroísmo. La trama carece de complicaciones ajenas a la acción; las que posee son las estrictamente necesarias para poder narrar con sublimidad las batallas que los mexicanos sostuvieron contra los franceses. Sobre todo, el extraordinario genio del general Ignacio Zaragoza, en la batalla de Puebla, en que al triunfo de las armas mexicanas, acompaña el glorioso sol que ilumina con luz vivísima la ciudad que ha ganado el lauro de la victoria.

Los héroes de esta etapa de la lucha van surgiendo con espontaneidad y vigor; no sólo los generales sino también los soldados, los cabos, los zapadores: todo el conjunto que lucha para desalojar al enemigo.

Junto a estos héroes están los soldados, héroes de la ficción, que actúan para dar mayor lustre a la epopeya.

Hay en la trama intrigas, odios, venganzas, situaciones cómicas que la hacen agradable e interesante. Los episodios de la batalla del "Cinco de Mayo" conmueven y enaltecen los sentimientos patrios que hay en el fondo del corazón de todo mexicano.

Esta obra, vivida por el autor, sintetiza la lucha titánica sostenida por los soldados de la República, contra el invasor francés. El colorido que impone a su obra está determinado por los personajes de la ficción con que adorna la exposición. Los principales personajes están encarnados por don Benito Juárez y el general Zaragoza.

e) **El cerro de las Campanas.**

Esta obra presenta los acontecimientos históricos del período que comprende los años de 1863 a 1867, o sea la lucha continua que sos-

tienen los mexicanos contra las tropas francesas que apoyaban al archiduque de Austria, Fernando Maximiliano de Habsburgo.

Entrelazados con los personajes reales, encontramos a los ficticios, en los episodios históricos más importantes que el autor reseña. En la obra hay verdaderas aventuras novelescas que atraen la atención del lector por que se refieren a personajes que actúan como protagonistas valientes, en la lucha armada. Como ejemplo, la historia trágica de la familia del capitán Martínez, ayudante del general don Vicente Riva Palacio. El aspecto cómico de la familia Fajardo, que simboliza a todos los conservadores, se halla hábilmente mezclado con el sacrificio que sostienen los liberales en el campo de batalla. Los amores de Luz, hija de los Fajardos, con el coronel Eduardo Fernández, liberal, y los de Clara con un francés, le dan a la novela el aspecto sentimental que no podía faltar.

El escritor sigue todas las vicisitudes de esa época trágica que tiene por epílogo el cerro de las Campanas.

¡Tanto heroísmo del mexicano anonada! ¡qué energía y valor demuestra en las batallas; con qué sangre fría arrostra el peligro y la muerte!

La novela contiene la terminación de la guerra contra Francia y los malos mexicanos que traicionaron a su patria sirviendo en las filas del invasor. Surge la República fijando su actuación en la personalidad de Juárez.

Las batallas, como la del 2 de abril, en la que quizá tomó parte, están descritas con gran vigor.

f) La majestad caída.

Esta novela se refiere a la iniciación y el desarrollo de la Revolución mexicana.

Mateos fue sorprendido por la muerte en 1913, y no se dio cuenta del final de la Revolución; pero en la forma en que concreta las posibilidades de la lucha, presume que sería cruenta y que debía tener por finalidad el triunfo de la causa iniciada por el mártir don Francisco I. Madero.

El general Porfirio Díaz, héroe de tantos combates gloriosos, se había propuesto que ocupara la presidencia don Ramón Corral; pero el pueblo ya estaba cansado del continuismo del Caudillo, y decide obligar al presidente, por medio de la fuerza, a que abandone el poder. Don Francisco I. Madero lanza su plan e inicia la Revolución. Porfirio Díaz renuncia a la presidencia y sale del país.

La trama es sencilla, sin abundancia de personajes y situaciones; pero con ideas elevadas.

Hay un marcado contraste entre esta novela y las anteriores. Quizás se deba a que, cuando la hizo, la reflexión y la meditación habían ocupado gran parte de su tiempo. Las otras fueron escritas cuando todavía el recuerdo de los combates y el tronar de los cañones resonaba en sus oídos; toda su juventud revivía evocando los días de gloria que no estaban tan lejanos, ya que algunas de las primeras obras citadas se publicaron en 1868, y la última después de 1910.

La novela representa el primer episodio de la Revolución mexicana cuyo guía fue Francisco I. Madero. Esta guerra de reivindicación de derechos, en la que tomó participación todo el pueblo mexicano, constituye uno de los capítulos de la historia nacional: el más apasionante, en que ha fincado un programa evolutivo que ha suscitado el desenvolvimiento nacional.

Las seis novelas históricas a que se ha hecho referencia, dan un amplio panorama de la vida agitada del siglo XIX y los principios del XX.

Las conspiraciones de 1808, son el primer paso seguro en la lucha que por varios años se había de sostener. El padre de Juan Antonio, soldado en la primera etapa, seguramente narró a sus hijos episodios sobresalientes, para fomentar en ellos el amor patrio. Años después Juan Antonio, con esos relatos que vivían en su mente y los conocimientos adquiridos en la escuela sobre historia nacional, logró que su pluma se deslizara, hoja tras hoja, hasta dar **Sacerdote y caudillo** y **Los insurgentes**.

Las demás, obras vividas por él, dejan el panorama fiel de la vida en esa época, tanto en los campos de batalla como en las ciudades

y los pueblos. Las costumbres de entonces han ido evolucionando, como la misma vida; evolución lenta que paso a paso se palpa en esas novelas.

A través de las mismas, se ve la confianza que el autor tenía en el triunfo de los ideales que harían de México una patria grande libre.

Exceptuada **La majestad caída**, están escritas en forma de folletín, con interesantes narraciones intercaladas, para dar amenidad haciéndolas agradables, a la vez que instructivas.

CAPITULO IV

PERSONAJES REALES Y DE LA FICCION. PRESENTACION DE UNOS Y OTROS

- a) Sacerdote y caudillo. b) Los insurgentes. c) Memorias de un guerrillero. d) El sol de mayo. e) El cerro de las Campanas.
f) La majestad caída.**

Por lo que a personajes se refiere, se admira la maestría de Mateos, cuando combina los reales con los ficticios dando con éstos la impresión de que son verídicos; de que han vivido en el mundo y no únicamente en su imaginación.

No están bien pintados sólo los que se pudieran llamar arquetipos, sino también aquellos que, por sus condiciones morales inferiores deberían ocupar lugares secundarios.

Los mayores defectos, como seres humanos, siempre se observan en los ficticios, a los que el vicio conduce de crimen en crimen, hasta recibir un justo castigo, porque, como el mismo escritor asegura, hay una justicia divina que se encarga de castigar y premiar a los hombres en la tierra. No podría asegurar que la muerte trágica es el mayor castigo que él supone para los malvados; pues también varios de los personajes buenos tienen esa clase de muerte, y es porque en eso entra el romanticismo.

En **Sacerdote y caudillo** presenta, casi paralelamente, un personaje real y otro ficticio; uno de sentimientos nobles y otro de inclinaciones bajas.

Junto al Padre Hidalgo, como su sombra desde que es Rector de San Nicolás hasta su fusilamiento en Chihuahua, está el Padre Cipriano Pontologón, con su figura grotesca, su maldad y cobardía innatas, que dan a los episodios en que él aparece un tinte caricaturesco que tiene por fin contrastar con la figura grandiosa del señor Cura de Dolores.

Zaida, figura ficticia, tiene un papel importante en la novela, aparece con diferentes nombres. En los tiempos en que don Miguel Hidalgo y Costilla era Rector en Valladolid, la conocían como la Madre Paulina, hechicera que encubría la belleza de su rostro con un disfraz. Sus acciones iban dirigidas a vengarse de don Manuel Pérez de Treviño, nombre supuesto, ya que el verdadero era Alvaro de Clavijero, que si bien había sido un criminal, a lo largo de la obra sólo es un hombre que vive para su hija, por la que está dispuesto a sacrificarse. La hechicera trata de herirlo en ese cariño paternal, y muchas veces logra tener en sus manos a Rosalía, la que siempre se le escapa. Conduce a Treviño a las cárceles de la Inquisición, donde sufre tormentos que le hubiesen causado la muerte, si en esos momentos el inquisidor Pedro Núñez de Clavijero, no hubiera reconocido a su hermano Alvaro.

Sin embargo, esta mala mujer tiene un alma susceptible de producir sentimientos nobles; cambia de vida, olvida sus odios y rencores, cuando oye una voz que le habla de la dulzura que existe en el perdón. Esa palabra le da fortaleza para seguir un camino diferente al que había tomado. Presta servicios a la causa insurgente; se traslada de un lugar a otro, con una rapidez que asombra. Se la encuentra en Celaya, Guanajuato, Aculco, Puente de Calderón, Acatita de Baján; siempre tras los seres que le interesan.

Los personajes históricos: Allende, Aldama, Abasolo, los esposos Domínguez, Pípila, Elizondo, el Intendente Riaño, están tratados con

apego a la historia, y adornados con cualidades y defectos, según sus merecimientos, que el escritor sabe agregar.

Innumerables personajes secundarios se mueven y actúan ayudando a constituir series de episodios que dan interés a la novela.

b Los insurgentes.

En la obra **Los insurgentes** encontramos muchos personajes, ya que la idea del escritor de hacer que las tres esmeraldas, herencia de Xicoténcatl, se reunieron después de tres siglos, viene a constituir el tema que, con un concepto de la ficción bien urdido, entre personajes que actúan en bandos distintos y con tendencias extrañas cada uno, presenta el problema de distraer inteligentemente. Consiste la novedad novelesca, por una parte, en que prosiga la trama histórica de los acontecimientos provocados por la guerra de Independencia hasta la consumación de la misma, y por otra, mantenga el interés del lector, con los personajes a quienes atribuye una actuación ficticia, al coadyuvar, con la reunión de las tres esmeraldas, a la consumación de la misma **Independencia**.

Los traidores, personajes ficticios, hacen su aparición en la obra tomando vida en Jacinto, joven protegido por la familia de los Bravo.

Jacinto posee un alma turbia: hay en su corazón un odio profundo no sólo a sus protectores, sino a todos los insurgentes; odio motivado por los celos. Amaba a Margarita, la joven que se desposó con Nicolás Bravo; es ella la causa indirecta que lo induce a la venganza, a recrearse en la sangre de sus víctimas, a causarles dolor. Es un personaje muy bien descrito.

Uno de los rasgos característicos del buen escritor es saber crear interés por sus personajes y Mateos lo logra perfectamente, al tratar a este ser, que repugna por su maldad, haciendo que no decaiga el interés ni siquiera al final en que, como una ironía del destino, es el último de los descendientes de Xicoténcatl, el que reúne las tres esmeraldas que cumplen una profecía, porque México es ya libre. El, en su odio, quiso contrariar a los hados combatiendo con las fuerzas realistas, y muere con el rencor de no conseguir su venganza y el dolor

de verse despreciado de todos, sin tener un cariño ni oír una palabra de consuelo y perdón.

Morelos está retratado con pequeños detalles que lo revelan no sólo como hombre de genio sino de gran corazón. Su visión va hacia el futuro; un futuro de libertad, de paz, de comprensión. Su vida nada importaba, si a cambio de ella las generaciones sucesivas lograrían la felicidad.

Todos los héroes de la insurgencia desfilan en la obra; conmueven al lector por su heroísmo, desinterés y abnegación.

Y junto a los héroes consagrados, los ficticios que también luchan, aman y mueren, como Edmundo Fonterravía y Piedra Santa, cuyos actos de valor quedan escritos con los de Hermenegildo Galeana y Nicolás Bravo; sobre todo, los de Piedra Santa que conquista un lauro en el sitio de Cuautla.

La actuación de los héroes es grandiosa.

c) **Memorias de un guerrillero.**

Hay en la obra **Memorias de un guerrillero** un desfile de personajes; de héroes: de todos los seres que en ese período crítico de la Patria sobresalieron.

Son los estudiantes y, entre ellos, Manuel Mateos, los personajes con que se inicia la obra. Uno a uno van quedando en el campo de batalla, solos entre el polvo que levantan las caballerías y el dolor de los hermanos que se alejan dejándolos en el silencio de la muerte. En la ciudad los otros personajes, las novias que lamentan la ausencia, larga y a veces eterna, de sus amados.

Juan Antonio Mateos describe con facilidad diferentes tipos de personajes: desde el estudiante alegre que piensa en un futuro risueño, aun en medio de las balas, hasta los personajes severos y graves de nuestra historia, como don Juan Álvarez, el patriota suriano, y don Benito Juárez, rodeados de los pensadores de la época: Melchor Ocampo, Francisco Zarco y Guillermo Prieto.

Entre los personajes ficticios destaca por su maldad el coronel Altúnez que persigue al grupo estudiantil y da muerte con gran sangre fría a algunos de sus integrantes.

Juan Gallinazo es el tipo simpático de soldado suriano: franco, amable, desinteresado y valiente. Sobrevive a todos sus amigos y lamenta no haber muerto como ellos en el campo del honor, pues se siente muy solo; a su lado surge la amada, la vigorosa muchacha que sin ningún temor recorría los campos de batalla, con fines nobles o con deseos de venganza.

d) **El sol de mayo.**

En **El sol de mayo** el general don Ignacio Zaragoza, está retratado en forma admirable, primero al dirigir esa batalla que lo inmortalizó, y después, enfermo, en el delirio de la fiebre que poco a poco lo consumía, expresa el deseo de seguir combatiendo, por lo que sus palabras entrecortadas se refieren a la lucha que lo había transformado en el héroe del 5 de mayo, por todos conceptos merecedor de la gratitud de la Patria.

Mateos, con esa vehemencia arrebatadora que concede a sus prototipos, hace expresar, en una situación de realismo, la heroicidad del héroe, cuando poseído de santo amor a la Patria, hasta en los momentos en que febrilmente piensa en ella y en su destino; ya para morir, siente quizás desesperación, por la imposibilidad de poder actuar en forma efectiva y, delirando, sigue dando órdenes a sus colaboradores, para que sea derrotado categóricamente el enemigo de la patria. ¡Obsesión sublime del héroe!

¡Qué cuadro tan bien descrito por la pluma incontinentemente patriótica de don Juan Antonio!

Este cuadro es capaz de apasionar al mismo héroe, y seguramente Mateos, que lo escribió, sintió los efectos que produce la obsesión de un sentimiento por elevado sublime y por realista exquisito y supremo.

—¡Ha sonado el cañón!.. ¡General Berriozábal, no hay más que avanzar con esas columnas por el centro!. ¡General Negrete, a forzar la línea izquierda!. ¡Porfirio Díaz, adelante con esos batallones!. Ya. ya avanzan, ellos son. ¿Dónde está el viento que no disipa las nubes de la pólvora para ver a mis soldados? Oigo el clarín. ¡fuego!. ¡fue-

go! allí está. ¡qué hermoso es el estandarte de la patria!... ¡cómo lo arrebató el bronce de la metralla! ¡Un ayudante, un ayudante! ¡ya huyen... ya se dispersan por la cumbre de Guadalupe!... ¡victoria!... ¡victoria!... ¡patria mía! (1)

—Avisen a Carbajal, que está situado en Amozoc, que recoja a los dispersos... ni uno solo, ni uno deje pasar... ¡adelante!... Se desprenden otra vez como una masa de hierro. las bayonetas lucen a los rayos del sol... ¡pero ese sol es el mío!... ¡es el sol de mayo!... ¡el sol de los recuerdos y de la victoria!... ¡el astro de la patria! (2)

—¡México!... tu nombre está muy alto... ¡en las glorias del mundo!... ahí está el campo lleno de cadáveres. ¡cuántos de mis soldados han desaparecido!... pero la patria. ¡patria mía! (3)

Mateos demuestra con su vehemencia y su amor a la patria, todo lo que captó de la enseñanza que en los mexicanos dejó impresa el héroe de la batalla de 1862. El efecto de la victoria hizo posiblemente que pusiera en los labios del mismo héroe, la voz viril y llena de patriotismo y emoción que se comenta. Claro que no podría ser de otro modo, porque la acción heroica que asombró al mundo, había quedado fuertemente impresa en el cerebro y el corazón del general Zaragoza, y Mateos reflejó con su capacidad de pensador lo que atribuye al héroe.

Este pasaje considero que puede estimarse como un ejemplo de heroísmo; por eso he deseado incluirlo en este estudio, pues en él se concretan el valor de la epopeya sublime y la belleza con que está descrita.

Son numerosos los personajes de la obra **El sol de mayo**. Carecen algunos de ellos de profundidad psicológica, la que sólo está reservada a patriotas, invasores y traidores.

Los personajes ficticios ayudan a hacer más interesante el heroísmo de los mexicanos que en Puebla ofrendaron sus vidas combatiendo al extranjero.

(1) **El sol de mayo**.—Volumen III, página 126.

(2) (3) **El sol de mayo**.—Volumen III, Página 127.

Mondoñedo, el estudiante sin fortuna, cuyo nacimiento constituye un verdadero episodio novelesco, ama a doña Blanca de Borbón, dama que intrigaba para que ocupara el trono de México don Juan de Borbón. Las ilusiones y los amores de Blanca se ven frustrados, ya que el que viene a ocupar el trono es Maximiliano. El amor que ella había puesto en el conde del Jaral se rompe al tener entre sus manos la cabeza del amado, muerto por Mondoñedo, quien guiado por la venganza libra a la patria de un enemigo feroz. Es patética la escena en que Blanca contempla horrorizada la cabeza de aquel hombre con el que pensaba ser feliz en otras tierras.

La maldad de algunos personajes a quienes únicamente guiaba el interés, el dinero, y para los que la palabra patria no tenía ningún significado, está descrita en forma maestra; sobre todo, la del criminal y asesino conde del Jaral.

e) **El cerro de las Campanas.**

La obra **El cerro de las Campanas** narra la continuación de la lucha que en forma constante sostienen los mexicanos contra los extranjeros. Contiene muchos personajes, porque el escritor no podía dejar de mencionar figuras relevantes de ese período; entre otras las de los generales Porfirio Díaz, Pueblita, Riva Palacio, Salazar, Arteaga, Escobedo, Miguel Negrete, Berriozábal, y tantas otras en quienes pone la más alta de las virtudes: el patriotismo.

La figura de Maximiliano, sus poéticos amores con una joven mexicana y la entereza de Juárez dan a la obra un tono de realidad.

Al lado de estos personajes, los ficticios, el general Eduardo Fernández y su novia Luz; Clara y sus amores con el francés, amores trágicos que hacen que esta joven se dedique a una obra de caridad: cuidar a los heridos en el campo de batalla. El coronel Pablo Martínez, quien sostiene entrevistas con un fantasma, que lo pone al tanto de la historia de sus padres, y la venganza que éste realiza contra el criminal. Se muestra el novelista profundo psicólogo al describirnos a este personaje azotado por la fatalidad.

La familia de la novia de Eduardo Fernández tiene semejanza con la familia de la novia de Manuel Mateos en la obra **Memorias de un**

guerrillero, ya que en ambas los padres se oponen a las relaciones de sus hijas, por pertenecer aquellos al partido que los mismos padres aborrecen. La forma en que el novelista ridiculiza, sobre todo a la madre, en los dos casos, es una muestra del buen humor del escritor, quien después de mostrarnos hechos heroicos nos traslada a la vida diaria de las familias que presumían de aristócratas.

f) **La majestad caída.**

La majestad caída es una obra pequeña, comparada con las anteriores; concreta los acontecimientos preliminares del movimiento que inició don Francisco I. Madero, sobre los antecedentes que determinó la posición revolucionaria de don Ricardo Flores Magón y otros paladines a quienes la historia reconoce como precursores de la revolución.

Unos de los principales personajes de la novela, es don Francisco I. Madero. Las profundas reflexiones filosóficas que se producen en su cerebro, antes de decidirse a atacar al caudillo Porfirio Díaz, es de lo mejor de esta obra.

Quizá con premeditación el escritor no habla aquí de don Porfirio Díaz, pues ya en **El cerro de las Campanas** le había dedicado elogios por su valor y patriotismo, sobre todo al referirse a la batalla del "2 de Abril"

El heroísmo de los hermanos Serdán: Carmen y Aquiles, en la ciudad de Puebla, el 20 de noviembre de 1910, descrito con pequeños detalles, revela que todavía el corazón del escritor, de edad avanzada, latía fuertemente cuando se trataba de enaltecer el patriotismo de los mexicanos que sólo pensaban, al morir, en el bienestar del país.

Las primeras batallas en el norte de la República presentan a los generales, personajes reales, que lucharon por el ideal que se habían trazado: Pascual Orozco, José Garibaldi y Francisco Villa.

Los ficticios están encarnados por Esperanza Williams, Enriqueta, Irene Monterreal, el señor Williams y Fortunato. Todos estos personajes llegan a interesar sólo un momento porque rápidamente se esuman.

CAPITULO V

EL ROMANTICISMO EN LAS SEIS NOVELAS ESTUDIADAS

Como una característica del romanticismo es el predominio del sentimiento sobre la razón, hay a lo largo de la obra de Mateos una verdadera influencia romántica.

En el movimiento romántico el escritor encuentra, por primera vez en su historia nacional, un elemento que puede explotar; casi todos los románticos tratan temas históricos, leyendas o cuentos que se identifican con su pueblo. Juan Antonio Mateos demuestra su apego a este movimiento, no sólo por los temas históricos, netamente nacionales, que desarrolla sino también por la forma en que lo hace.

En algunas de sus obras se percibe el influjo folletinesco, como en **Sacerdote y caudillo** y **Los insurgentes**. El folletín fue romántico: en él se suceden los episodios con aventuras sugestivas y atrayentes que hacen que se mantenga vivo el interés del lector.

En el romanticismo el paisaje ya tiene alma; se comprende el lenguaje de los árboles, de los pájaros, de las fuentes. Mateos rinde culto a esta compenetración con la naturaleza; quizás había leído o sentía plenamente los conceptos expresados por Juan Jacobo Rousseau.

Influencia romántica existe en los personajes, reales y ficticios, de las novelas estudiadas. Hay en ellos melancolía, deseos de soledad, de meditación; abundan las escenas en que se exalta las pasiones; se llora y se desea la muerte. La mayor parte de los personajes

muere trágicamente, no existe la muerte tranquila, cuando llega a darse ésta, es sólo en forma aparente, pues el personaje reniega de todo en sus últimos momentos.

Cuando el escritor siente la falta de influencia poderosa de la mujer que forja su espíritu o que ennoblece la vida con su presencia, se transforma en el ser romántico que imprime con su delicada pluma los conceptos que posiblemente ningún joven podría ser capaz de modelar en forma tan dulce y elegante y que, irónicamente, están atribuidos a un francés enamorado de una rica mexicana. He aquí un ejemplo:

Dulce y celestial criatura, recibe en el altar de tu temprana vida el ámbar inmortal de mi cariño eterno.

Peregrino en el desierto de la vida, sólo tengo mis humildes glorias de soldado que ofrecerte.

Los soles que han de alumbrar el resto de mi existencia, me encontrarán siempre con la fe de estos amores que te acompañarán como esos ángeles invisibles.

¡Adiós! cuando reces, mezcla mi nombre en tus oraciones, serán las únicas que lleguen al cielo por mí.

¡Adiós otra vez! ¡yo sigo en este letargo de dolor, esperando en el horizonte la luz, la vivificante luz de una esperanza!

Adiós tierna y sensible niña, tú no has podido amarme ni acercar una gota de agua a mis labios en el desierto de la vida; no has tenido una sola esperanza, ni un eco de compasión para el que muere por ti.

Tu corazón ha permanecido cerrado a mi cariño, como lo estará la puerta del cielo para mi alma, porque me has hundido sin querer en un océano de desesperación y de desgracia. ¡adiós!...

Tú no debes saber cual sea mi porvenir, porque eres ajena a mis dolores. yo no te culpo, Dios ha puesto un arcano en el corazón de las criaturas y las sentencias de Dios son irrevocables.

Oye la última súplica que te hace un alma que te amará aún en la eternidad. Cuando oigas pronunciar mi nombre, no tengas un mal recuerdo de mí, yo no he hecho más que amarte, pensar en tus amores... perdona ese sueño de locura, pero te amo aún con el delirio de mi juventud que expira entre el dolor.

Que no te sea ingrata mi memoria, yo te encontré en el desierto de mi existencia como la azucena de la esperanza; me acerqué a recibir el ámbar de tus simpatías y he bebido la muerte y el infortunio. perdóname otra vez si acaso al requerirte de amores mis súplicas importunas te molestaron y mis quejas oprimieron tu corazón sensible a la desgracia. Yo no quise ofenderte, sino depositar mis sufrimientos en el santuario de tu ternura, consagrarte mis lágrimas, abrirte mi alma y decirte el hondo amor que me inspiraron tu belleza y tu virtud.

Oyeme: cuando en el silencio de la noche veas un grupo de nubes misteriosas cruzando el horizonte, piensa en que mi alma ha tomado aquella forma para estar bajo el cielo que te cubre.

Cuando oigas el silbar del viento en la tormenta, ¡reza por mí! ¡sí, reza, porque mi espíritu estará sufriendo el tormento de los dolores y yo necesito la piedad del cielo!.

¡Yo, olvidado de Dios y de los hombres, necesito un alma que ruegue por mí; tú, a quien los ángeles sonrían y Dios posa su mano en tu virginal cabeza, serás oída en el fervor de tus oraciones. ruega por el hombre que te ama sobre la tierra!...

Acuérdate del peregrino que vaga en pos de la muerte, sin esperanza...

¡Si oyes que he dejado de existir, teje una corona de flores y ponla sobre las losas de un altar, que su perfume llegará hasta mí; murmura una palabra de compasión, siquiera porque te he amado tanto!...

¡Adiós! tu memoria caerá sobre la mía, siempre decorada con esos rayos que me han cegado. Si en estos días que fal-

tan a mi partida, se abren mis labios para dirigirte una súplica, perdóname, ten lástima de mí.

Si sufres alguna vez, víctima de las airadas tormentas del mundo, ¡acuérdate de mí!

¡Tu nombre guardado hasta ahora en el secreto de mi pecho, será el último que vague en mis labios al entrar en el silencio de la tumba!...

Te pido más aún en nombre de mi cariño: cuando yo haya muerto y no temas que el mundo pueda murmurar una palabra de sarcasmo, vierte en el recogimiento de tu espíritu, una lágrima de compasión que caerá como una lluvia del cielo entre la yerba de mi sepulcro! (1)

En otra situación romántica, aquella en que trata de la muerte de su padre, se exaspera Jacinto, el poseedor de una de las esmeraldas, llegándose hasta lo trágico, que bien puede ser considerado como una imprecación, ya que sólo en esa forma resuelve la fatalidad de haber dado muerte a su padre. Esto equivale al concepto de un cuadro romántico en que se observa, por una parte, la falta que ha cometido y, por otra, el complejo que ni él mismo sabe determinar, a pesar de su maldad, si tiene conexión posible con la fuerza instintiva de su pasión de hijo o de villano:

¡Ya no hay remedio! gritó furioso; esas cenizas no pueden levantarse sino para maldecirme. ¡adelante, furias del infierno!. ¡adelante!. yo quiero víctimas. mis fauces están secas y su ardor sólo se calma con sangre. ¡paso!. hola soldados, ¡aquí. aquí!. (2)

Otro ejemplo de romanticismo trágico propiamente dicho, es el que refiere la situación en que poseído Jacinto de celos demoníacos, se lamenta de no poder poseer ni con el pensamiento a la digna esposa del general Nicolás Bravo. Este cuadro tiene cierta afinidad expositiva con las tragedias esquilianas. El actor, o sea Jacinto, quisiera acabar con la vida del héroe sublime, con la de su esposa y con toda la fami-

(1) **El cerro de las Campanas.**—Páginas 289-290.

(2) **Los insurgentes.**—Página 279.

lia Bravo. Difícilmente se encuentra un caso de celos que se pueda parangonar con él, por la forma en que lo describe el escritor. La fuerza subjetiva de Juan Antonio Mateos es capaz de sugestionar al más exigente de los lectores de su época y posiblemente posteriores, que han tenido mayores facilidades para concretar, en un medio en que la cultura está más difundida, lo que el novelista escribió.

—Yo creía sofocado este amor que ha vivido tanto años en el fondo de mi alma. yo me había arrepentido delante del patíbulo de Bravo (Leonardo)... sí, dos hermanos, dos miembros de esa familia aborrecida, han muerto a mis manos, ya era suficiente para mi venganza, hoy vuelve a soplar el huracán de los celos; esa mujer nunca sospechó mi amor, y sin embargo me he sentido muerto por su mano. ¿de quién me vengo Dios mío? ¡ah! sí, del destino. él me ha impulsado a la pendiente del crimen. el rencor hierve en mi seno. amar es aborrecer. anunciar el encono del infierno en los que nos rodean. maldecir a la humanidad. escarnecerla... vilipendiarla. cada vez que pienso en esa mujer me enloquezco. yo me he alejado de ella; pero ella me sigue por doquiera. ¡casada!. ¡casada! y yo no he muerto todavía.

—La tengo muy cerca de mí; a un paso. a un paso nada más. quisiera verla. yo sé que después el diablo de la desesperación entrará en mi alma. ¡qué importa! he sufrido tanto, que un dolor más es una gota de agua en el océano borrascoso de mi alma. (3)

El siguiente fragmento, tomado de la novela **El sol de mayo**, es más emotivo y romántico que los transcritos con anterioridad. Sea considerada la exposición como una pasión fingida o real, demuestra en ella el escritor, que sentía hondamente las emociones que determinaban sus estados interiores en que se animaba la vida, fuertemente sentida en sus protagonistas.

(3) **Los insurgentes**.—Páginas 270-271.

—Ella, sí, ella, tan hermosa como siempre; hay dos llamas que salen de sus ojos y penetran en mi corazón. ¡silencio!. . . Sus labios se mueven y la visión va a hablar. me llama. ¿qué quieres? Ya he sacado mi corazón del fondo de mi pecho para ofrecértelo, y lo has estrujado con tu planta. oye, mírame arrodillado a tus pies con la frente apagada por los pesares; pon tu mano en mis mejillas, conservan aún la humedad del llanto; porque he llorado mucho por ti. . . mucho, hasta agotarse el raudal de mi alma. El ardor calenturiento de mi cerebro ha acabado por calcinar mi pensamiento y con él las imágenes todas de la juventud; sobre esas cenizas queda en pie una visión. ¡ella!. . . Yo te he amado como al Dios de mi existencia. tu amor se puede contar por los latidos de mi corazón y las terribles convulsiones de mi espíritu. . . Yo he sentido palpitar la vida cuando tus ojos se han posado en los míos y tus miradas han caído a plomo sobre mi existencia desgraciada. . . Inclinas tu cabeza y tus ojos se llenan de lágrimas al ver las heridas profundas de mi corazón. . .acércate. más. . . más todavía. . . (4)

—¡Era entonces tan feliz!. Sí, porque vivían mis esperanzas y mi corazón soñaba con el paraíso del porvenir. El amor de Rosa era toda mi ilusión, todo el sueño de mi espíritu. ¡qué bello era amaros! sentir en el fondo de mi pecho la bienhechora sombra de la ilusión; porque yo os amaba con frenesí, como nadie ha amado hasta ahora, por vos hubiera sido capaz de todo, os lo había dicho, ¡hasta de un crimen!. Aquella pasión estaba engendrada por un sentimiento impío, que debía horrorizaros. ¿no es verdad? No era el arco del cielo sobre el corazón, era el genio de la fatalidad quien me impulsaba hasta vos en el aliento del infierno. ¡Huid!. ¡Este fuego es de maldición!. Lo creía extinguido. muerto. y ahora vuelve a abrasar mi alma! Creía que no os amaba y, sin embargo, palpita mi corazón como en aquella hora de de-

(4) El sol de mayo.—Página 98. Tomo III.

mencia en que erais para mí el arcano de la vida, el centro de ese mundo que giraba en torno de mi existencia! (5)

La viveza de expresión de Mateos proviene de lo más recóndito del alma que aflora el sentimiento apasionado que no es otra cosa que romanticismo.

(5) **El sol de mayo.**—Tomo III, páginas 101-102.

CAPITULO VI

EL COSTUMBRISMO EN ALGUNAS NOVELAS DE MATEOS

- a) **Sacerdote y caudillo.** b) **Los insurgentes.** c) **Memorias de un guerrillero.** d) **El cerro de las Campanas.**

En las obras de Juan Antonio Mateos, tomadas como material de estudio para mi tesis, se encuentran pasajes en que narra costumbres del pueblo mexicano en diferentes épocas. Algunas todavía subsisten, otras han desaparecido.

En **Sacerdote y caudillo** describe el barrio de la Palma, como asilo de la gente perdida y de los ladrones famosos; antro del crimen donde la policía rara vez se presentaba porque, si lo hacía, salía a pedradas y en fuga. No solamente el barrio de la Palma, sino todos los de la ciudad eran guarida de los desertores y de los prófugos de presidio.

Pero a pesar de eso, la especie de sociedad constituida en plena barbarie en donde la fuerza y el puñal dirimían todas las cuestiones, era la clase artesana; de allí salían zapatos, juguetes de vidrio, muñecas, rebozos y multitud de objetos, vendidos después a precios muy bajos.

El mesón de Santiago Tlaltelolco, que se encontraba a extramuros de la ciudad, era donde la gente perdida hacía el comercio de bestias robadas a los pasajeros, o en el interior de la República.

La plaza de Mixcalco era en ese tiempo el lugar elegido para ahorcar a los reos.

Las fiestas en que pueblo y gobernantes se unían por breves momentos, era muy sencilla; el virrey arrojaba monedas y la muchedumbre se mataba por recoger algunas; después seguían los fuegos artificiales y los cohetes: dos cosas que se han hecho costumbre, hasta la fecha, en fiestas patrias y en religiosas.

El toque de queda anunciaba el final del día: desde esa hora ninguna persona podía recorrer las calles; si lo hacía, la detenía la ronda, formada por individuos que tenían la misión de vigilar a la ciudad por las noches.

En **Los insurgentes**, al hablar de los esponsales de don Nicolás Bravo, hace referencia a una parte del menú, consistente en un rico mole de guajolote y una sabrosísima barbacoa. Después de la comida, en la que no faltaron los vinos, se efectuó el baile en la sala de la casa.

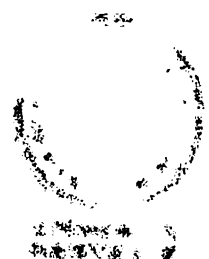
La lucha activa de insurgentes y realistas, con el triunfo de un grupo o de otro, presenta escenas de fusilamientos hechos por los realistas. El que realizaron el 25 de agosto de 1811, en la plazuela de Necatitlán, está reseñado en la obra. En ese lugar se levantó un cadalso; el tablado estaba forrado de negro. Una doble hilera de soldados cerraba el frente y costado del patíbulo y se extendía a una gran distancia, en la calle.

Precediendo a los reos iba una pieza de artillería; los frailes los exhortaban, y los devotos y hermanos de cofradía rezaban en voz alta. Los sentenciados traían sacos, unos verdes y otros blancos, con cruces rojas.

En Cuautla de Amilpas, el señor cura don José María Morelos se dispone a unir en matrimonio a dos de los personajes ficticios. Muy de mañana una salva de cohetes, seguida del sonar de la música frente a la casa de la novia, son el anuncio de la fiesta, en la que tampoco faltaría el mole poblano.

El asistente de Piedra Santa, personaje ficticio, explica lo que entre soldados se llama "habilitarse":

—Figúrese la señorita, pongo por caso, que anda uno por estas veredas muerto de hambre, y desnudo y maltratado, y dado a todos los diablos, y repentinamente se arma una de



Dios es Cristo, y se arroja uno sobre las trincheras y acuchilla, hasta el sursum corda y se hace dueño de la plaza; ¿de qué sirve todo eso si ha de quedar tan perdido como antes?... no señor; marcha uno a la tienda más rica, y toma la manta que necesita, y las monedas y cuanto encuentra; eso sí, todo con permiso del dueño, a quien se le tiene de cuerpo presente ahorcado en la puerta del establecimiento. (1)

En **Memorias de un guerrillero**, se lee que la estufa era el coche de la época: 1856. La estufa del Santísimo Sacramento estaba destinada a conducir el viático a los enfermos; había cocheros especiales, para este trabajo.

La persona que deseaba dirigirse a Tacubaya, tenía que alquilar en la plaza de Armas una carretela, pues no había ferrocarriles. Entre Chapultepec y la Condesa, se cometían asaltos a esas carretelas; las cuadrillas de malhechores, que todo lo tenían infestado, no faltaban ni en las orillas de la capital.

En 1858 "Los Cangrejos", versos escritos por Guillermo Prieto y musicados por el maestro Balderas, eran sumamente populares; se cantaban en colegios, en las casas de vecindad, en las plazas, en los campamentos.

El traje de los jefes guerrilleros se componía de lo siguiente: calzoneras con botonadura de plata, camisa almidonada, chaqueta blanca y corbata roja cuyas puntas flotaban sobre el pecho, sombrero galoneado y un "jorongo" de Saltillo.

El baratillo era un lugar típico de México. Había allí de todo: bolas de billar rajadas y amarillentas, sombreros montados de generales, jaulas de loro maltratadas, cuchillos, espuelas, compases, retratos al óleo y en fotografía, sillas amarillentas y desvencijadas, collares de perros, almartingones, peinetas y mucha ropa de uso. Existía allí prendas para todos los gustos y todas las fortunas. Dentro de ese lugar, los pobres se pelaban y rasuraban por un medio.

En **El cerro de las Campanas** se lee que, en Cuajimalpa, un general ofrece a unos soldados te y catalán, bebidas de moda en 1863.

(1) **Los insurgentes**.—Página 210



Cuando el ejército francés entra a México, la ciudad se engalana con flores, coronas, banderas, arcos de triunfo.

El frac, traje usado por los señores en las solemnidades, estaba de moda. Usaban además, peinetas en el pelucón.

Cuando un personaje importante llegaba a la capital o se tenía noticias de las victorias del ejército conservador, se solemnizaba el acontecimiento con un Te Deum, cantado en la iglesia Metropolitana o Catedral. Los personajes eran recibidos con palio, cruz y ciriales, por el cabildo eclesiástico.

El Paseo de Bucareli era el lugar en que la aristocracia de la época iba todas las tardes a solazarse y a exhibir las modas. Los carruajes marchaban por los caminos laterales y los jinetes por el centro de la calzada. Los paseantes que iban a pie, se posesionaban de las glorietas o de los troncos de los árboles más frondosos.

La aristocracia celebraba bailes en los grandes salones.

En **El sol de mayo** y **La majestad** no aparecen notables referencias a las costumbres.

CAPITULO VII

EL AMBIENTE EN VARIAS DE SUS NOVELAS

El ambiente en las seis novelas del escritor Juan Antonio Mateos, desde **Sacerdote y caudillo** hasta la **Majestad caída**, está determinado por tres tendencias esenciales: la militar, la heroica y la histórica. En cualquiera de las obras que me han servido de base para este estudio se pueden observar aquellas.

El ambiente tiene influencias festivas algunas veces; otras, dolorosas. Esto da a las obras una importancia y un interés que sólo sostienen los escritores que equilibran sus cuadros con sentimientos apasionados.

En todas las novelas se nota el mismo calor y el entusiasmo que hacen que el escritor juegue con su propio corazón. Pocos deben ser los autores que hayan sabido infiltrar en los lectores una pasión tan vehemente como la difundida en todas y cada una de las obras de Mateos.

El colorido que imprime a la descripción del medio es aminorado. Las descripciones de Cuautla, Chilpancingo y otros lugares, revelan la penetrante observación que ponía en todos los lugares y objetos que se le presentaban a la vista. Puede decirse que Mateos se daba cuenta de su capacidad subjetiva, para trasladar a la paleta de su imaginación el mismo color que tenía en el alma.

El año de gracia de mil ochocientos once, Chilpancingo

era, como hoy, una población metida en una gruta de flores y enredaderas.

Parece una ciudad morisca por lo misterioso de sus edificios, sus jardines y sus innumerables fuentes.

Todo es fragancia y sombra, nidos de rosas y mujeres encantadoras.

En cada ventana hay un ramillete de flores y una hada de ojos centellantes y seno de mármol.

A sus pies se extienden en olas de oro, las aguas mansas y cristalinas del Huacapam.

La población está circundada de montañas y cubierta por la bóveda de zafiro, que la encierra como un gigante fanal, donde acuden las estrellas como lluvia de brillantes que cae en lucientes meteoros sobre los campos.

Chilpancingo es el Oasis de la montaña; todo es inesperado, uno de esos cuadros felices de imaginación que se reflejan, durante el sueño, en el alma de los peregrinos.

¡Paz, silencio, sombra, ilusiones, bienaventuranzas, los elementos de la meditación y el recogimiento!

Las montañas están cubiertas de pinos, que forman un musgo uniforme y sombrío sobre aquellas gigantescas rocas, que amenazan desplomarse y sepultar a la población como las lavas del Vesubio a Pompeya y Herculano.

Se oye el canto de las aves que atraviesan por el valle en busca de horizontes, y los gritos de los pastores que espantan a las reses o recogen sus ovejas, porque se han visto las pisadas del lobo en las veredas de la montaña.

Algunos viajeros atraviesan las sendas en dirección a Tixtla; y grupos de rancheros sobre el camino que conduce a la hacienda de Chichihualco.

Nada turba el quietismo de aquellos bosques; el día y la noche son igualmente tranquilos y reposados. (1)

(1) **Los insurgentes**, página 40.

Cuatla de Amilpas es una de las ciudades más encantadoras de la Tierra Caliente.

Parece una gaviota posándose en un nido de hojas y de flores, mitigando el fuego del sol sobre aquella frescura, y durmiendo la siesta a la orilla de las cascadas y bajo el cielo purísimo donde irradia la luz con visos deslumbradores.

El viento posa sus alas en los bosques de plataneros y de naranjos, que sacuden su esencia en aquella atmósfera impregnada de perfume.

En aquella zona abrasante todo es languidez: las mariposas apenas levantan el vuelo, y permanecen soñolientas sobre los pétalos de las flores, los pájaros que han saludado con sus cantos la venida del sol, se ocultan en las ramas de los árboles buscando la sombra y el beso del aire que apenas estremece las hojas en una pausada convulsión.

El aleteo de los insectos se oye por intervalos, penetrante y sonoro como la repercusión de la platina.

En esas horas en que la atmósfera parece de plomo, y la naturaleza enmudece como si se sintiera agobiada por el calor latente de la zona, el hombre no se percibe sino por el movimiento de las hamacas que se columpian suavemente, como las telas de los insectos en los troncos de los rosales.

Las casas son unos nidos en medio de aquella profusión riquísima de árboles y de flores.

Allí las noches son encantadoras: cuando el sol se oculta comienza la vida, el aire está tibio, y libre de los vapores, comienza a sacudir sus alas, y a recorrer los campos, y a despertar las rosas desmayadas, y a estremecer los árboles, y a verter el aroma que yace guardado en el cáliz de las azucenas.

En aquel paraíso todo respira melancolía y amor; el alma sale del abismo y se asoma a los ojos para ver el cielo.

¡El cielo! allí las estrellas toman una dimensión asombrosa, y parecen multiplicarse en una lluvia de oro que no llega a caer sobre la tierra.

Las exhalaciones son continuas y atraviesan el cielo en todas direcciones, como luceros desprendidos que caen en el abismo del espacio. (2)

Este aspecto es lo que hace interesante la obra de Mateos, ya que sostiene igual tono en sus obras, así como la alegría descrita con sencillez y elegancia.

Otro tipo de ambiente que se descubre en su obra, es la pasión dolorosa con que examina los cuadros trágicos de la patria.

El que haya caminado con el ejército, habrá tenido lugar de ver los hondos sufrimientos de nuestros soldados.

Desnudos, hambrientos, seguidos de una familia desgraciada que participa de sus penas, emprenden su marcha sin levantar una queja, sin reflexionar sobre su situación.

La mujer carga el fusil y el soldado al infeliz niño.

Duermen al raso en el camino, junto a una lumbrada y a veces ésta es apagada por la lluvia.

El fuego del sol y los hielos del invierno lo abaten, así pasa su existencia hasta que una bala viene a poner término a tan penosa peregrinación. Entonces aquella familia se hunde en la noche de su destino.

Luchan como leones en el combate, sí, luchan sin esperanza, porque su suerte no cambiará jamás: ¡qué importa! si muere, aparecerá anónimo en el detalle de los muertos; si sobrevive al triunfo, se le recomendará en la orden del día.

¡Gloria a vosotros, valientes soldados que derramáis vuestra sangre hace medio siglo por conquistar las libertades de vuestros hermanos! ¡gloria a vosotros! Os ha tocado una época bien desgraciada, pertenecéis a una generación de mártires; pero el porvenir es acaso de vuestros hijos. (3)

Posiblemente la amargura que llevó en el alma, por la tragedia

(2) **Los insurgentes**, página 195.

(3) **El cerro de las Campanas**, página 21.

de su hermano Manuel, acabó los años que sobrevivió a la misma tragedia.

Se siente esa amargura al leer varios cuadros de sus obras, posteriores al asesinato de los mártires de Tacubaya; ese dolor recóndito se transforma en casi una severidad para tratar sus temas. Sin embargo, de cuando en cuando, aún tratándose de una descripción de hechos gravemente históricos, tiene situaciones en que se puede apreciar un forzado sentimiento de la vida, retenido en el corazón, que pugna por salir, para animar con sus tintes de descripción los cuadros de sus obras.

CAPITULO VIII

EL PAISAJE EN LAS NOVELAS DE MATEOS

a) Sacerdote y caudillo. b) Los insurgentes. c) Memorias de un guerrillero. d) El sol de mayo. e) El cerro de las Campanas.

Tanto recorre la República mexicana Juan Antonio Mateos, ya en compañía de sus héroes de la vida real o de la ficción, que a menudo encuentra paisajes y cuadros de la naturaleza, que describe admirablemente; unos con la amplitud y elegancia que merece el asunto; otros con la precisión que define una tendencia a acentuar aquello que es objeto de su admiración.

En determinadas ocasiones observa uno que describe la vista panorámica de una ciudad, con lujo de detalles; en otras fija con exactitud, que pretende hacerlo inolvidable, algún sendero que recorren los soldados de la Patria y, siempre, con meticulosidad y belleza, hace vivir los cuadros y paisajes.

El poder imaginativo de Mateos es asombroso. Escudriña, hiende, penetra y esboza a cada momento lo que ve, lo que piensa y lo que escribe. Por eso sus novelas son tan interesantes.

Si digo esto acerca del literato a quien estudio, es porque pienso que no se han sabido o no se han querido aquilatar sus méritos en la forma en que lo merecen.

Expuesto lo anterior, presento los cuadros y paisajes que contiene la obra, en general, del escritor, entendiéndolo que en esos cuadros y paisajes que describe, debe considerarse el valor literario que presentan las novelas de Mateos, como se advertirá en los fragmentos que tomo de sus obras.

De **Sacerdote y caudillo.**

Los acontecimientos de la guerra de independencia realizados en diferentes lugares, hacen que de la pluma de Mateos surjan descripciones de esos puntos históricos. De Guanajuato habla en dos ocasiones; en la primera, aún no se ha dado el Grito de Independencia, es la mañana del 15 de septiembre de 1810. La segunda es cuando entra el ejército insurgente a combatir en la Alhóndiga de Granaditas, defendida por los españoles a quienes acaudillaba el Intendente Riaño.

Guanajuato es una ciudad de las Mil y una Noches, un genio la ha colocado sobre un pedestal de oro.

¿Para qué necesita el agua, si la atraviesan corrientes de plata?

El mundo nuevo pega su labio sediento en sus manantiales, el mundo viejo le pide ansioso sus lágrimas.

Guanajuato era un altar en el paganismo azteca, donde se liquidaban los rayos del sol, para que los hombres los recogiesen sobre la tierra.

La conquista de aquel suelo de promisión calmó el hambre de la Europa, que lo asaltó de harapos bajo el hierro de sus broqueles.

En el tiempo a que nos referimos, yacía encadenada a sus montañas como Prometeo, devorando sus entrañas las aves carnívoras.

Prometeo es el mito del fuego.

Guanajuato es el mito de la riqueza.

El oro es el fuego del siglo XIX. (1)

Mateos, con fina ironía, reprocha a la dominación española la explotación del suelo mexicano, especialmente las minas de Guanajuato. Hay un pensamiento satírico al comparar a los españoles con aves carnívoras.

Guanajuato ocupa el lecho de un profundo valle, y se ensancha apiñándose en las laderas de la montaña; los edificios

(1) **Sacerdote y caudillo.**—Página 273.

pierden el alineamiento en un desorden bellissimo, parece una ciudad en marcha, tiene el desorden de la oda, la novedad de la imaginación, aquella ciudad no se asemeja a ninguna, parece que las rocas se improvisaron en palacios sin perder su formación.

La entrada de Guanajuato está formada de la prolongación del valle y se llama la cañada de Marfil, que termina en las cuevas de Jalapilla, tomando la dirección de los llanos de Cuevas.

El río que toma origen en un arroyo nacido al levante de la ciudad y al que dan alimento las vertientes de los cerros comarcanos, sigue su curso por los campos de Silao, se mezcla al río Grande que desemboca en la laguna de Chapala para perderse en el mar del Sur.

Al mediodía de Guanajuato y cerrando la ciudad se levanta sombrío el cerro de San Miguel, en cuya cima se forma una pequeña llanura que se llama de las "carreras" por verificarse en ella las de los caballos en los días de fiestas populares.

Por el norte se alza el escabroso cerro del Cuarto, cuyo nombre tradicional viene de que en tiempos remotos permaneció en las rocas la pierna de un malhechor ajusticiado.

Bordando la cañada de Marfil están las haciendas de beneficio, donde las piedras se convierten en el pan de la actual civilización, es decir, en oro. (2)

Esta descripción panorámica de Guanajuato tiene una capacidad realista por excelencia, producto de la observación del novelista.

La cuna de nuestra Independencia, Dolores, no podía faltar en los cuadros.

El viajero que sale de la encantadora ciudad de San Miguel el Grande, caminando hacia el norte, encuentra un sendero pedregoso que guía a la ruta que parece encumbrarse a la cima gigante de la Sierra.

(2) *Sacerdote y caudillo.*—Página 319.



Una pendiente suave por el costado de la montaña conduce a un valle solitario y amullado, excepto por el rumbo donde se observa el camino real, apercibiéndose en el fondo una claridad purísima, en cuyo azul del horizonte se dibujan rocas y montañas como olas de un mar lejano.

Siguiendo ese sendero abandonado y silencioso, en cuyos lados se extiende una sucesión de nopales y arbustos, se divisa una torrecilla que se destaca como una aguja en el poético caserío.

La torre es blanca y se alza sobre el vapor regocijo del valle, teniendo a su pie un canastillo de yerba que parece alfombrar el atrio de la iglesia.

Poco a poco el viajero descubre una casa aislada, después otra, a gran trecho otra, hasta penetrar en una calle formada por dos hileras de habitaciones bajas, algunas con rejas de madera y otras de fierro.

Todas las ventanas están cerradas, la calle sola.

Por intervalo se oye el chasquido del látigo y el silbo del arriero que conduce su atajo, y el monótono ruido de los encerros.

Uno que otro postigo se cierra instantáneamente.

Los muchachos lanzan algunos gritos azuzando a los perros que siguen ladrando a las mulas, y todo vuelve a quedar en silencio.

La plaza del pueblo la forman algunos edificios, dos portales y la parroquia, que es una capilla modesta, rústica, se puede decir, con toda sencillez de los tiempos primitivos de la colonia.

Unos arriates enjarrados de colorado forman un cuadro en la plaza, y los árboles que contiene, dan abrigo y sombra a multitud de pajarillos, que al caer de la tarde cantan sus últimos trinos sobre las ramas.

Detrás de la parroquia, y a los costados, en dirección al camino del interior, se extiende una sucesión de casas de un sólo piso, cada una tienen un jardín lleno de flores, y sus vi-

des que trepan por las cercas tapizando los muros medio de ruidos.

Este grupo de casitas y de viñas que parecen buscar arri- mo en la Iglesia; es lo que parece en lontananza como un ca- nastillo tirado al descuido al pie de la torre. (3)

Parece una ironía del destino que en una población tan pacífica, en que la mansedumbre de la naturaleza reproduce un encanto como el que describe Mateos, haya sido el lugar en que la Nueva España hubiera escuchado el canto épico de libertad producido por los labios del Padre Hidalgo.

De Los **insurgentes**.

En ocasiones la naturaleza parece estar acorde con los sentimien- tos de las personas. La pareja feliz, que aún en medio de las vicisi- tudes de la vida ha sobrellevado la existencia, camina por un sen- dero, y mientras surge el coloquio de un amor santo, los elementos de la naturaleza se unen para completar el cuadro exquisito por su be- lleza.

La tarde iba cayendo en el ocaso, y la naturaleza nunca había dado un espectáculo más hermoso y encantador.

El viento había agrupado las nubes dándoles esas formas que solo puede descifrar la imaginación y adivinar la fantasía.

Por allí grupos de fantasmas con sus sudarios, más allá genios arrodillados con las manos vueltas al cielo, grupos de ángeles con alas teñidas de púrpura, palacios inmensos, gi- gantes amenazadores, y allá, más allá todavía, un mar de olas de fuego y la luna creciente, meciéndose como una barquilla en el océano de espuma y olas de escarlata.

Las arboledas cruzadas por los últimos rayos solares, y el vapor de la tierra cayendo en polvo de oro, formando un cambiante de luz encantador.

El agua quebrándose con tumbos sobre las rocas, refle- jando aquella lluvia de matices y decorándose con las galas de la tarde.

(3) **Sacerdote y caudillo**.—Páginas 279-280.

Las flores con sus corolas vueltas al sol dándole su despedida, y las mariposas revolando por doquiera sintiendo el enfriamiento de la atmósfera, precursor de la noche.

El aleteo de los insectos que siguen en grandes grupos por todas direcciones con su eterno zumbido, sobre aquel mundo que iba desapareciendo en las sombras transparentes del crepúsculo, en un velo dulcísimo de melancolía, en una atmósfera de soledad y de silencio. (4)

El cuadro de la naturaleza descrito por Mateos está unido íntimamente al idilio de dos jóvenes que extasiados en su amor lo contemplan. Les hace comprender todo lo grande y bello de la creación; bello porque todo respira la felicidad que se desborda de sus corazones.

De **Memorias de un guerrillero.**

En esta novela, al referirse al sacrificio de los Mártires de Tacubaya el 11 de abril de 1859, dice:

Los cadáveres, despojados por las mujeres que ejercen el pillaje sobre los campos de batalla, quedaron abandonados y desnudos sobre la yerba.

Una nube de abril que pasó lentamente, deshaciéndose en menuda lluvia sobre los campos, había suspendido grandes hilos de pedrería en las corolas y el ramaje, y lágrimas y gotas de sudor frío en los rostros desfigurados por la muerte.

Las estrellas que iban ascendiendo sobre las matas de la loma parecían detenerse ante aquel cuadro, donde el hombre ponía el horror, y la naturaleza la dulzura. (5)

Juan Antonio Mateos teniendo siempre presente al hermano querido, evoca el paisaje del lugar en donde cayó como un mártir. Pensaba, con justa razón, que la naturaleza es más comprensible en algunos casos, pues presta sus hermosas y dulces galas, para borrar un tanto las crueldades de ciertos seres humanos.

De **El sol de mayo.**

El sol de mayo posee también cuadros de paisajes; entre ellos

(4) **Los insurgentes.**—Página 313.

(5) **Memorias de un guerrillero.**—Páginas 328-329.

figura el de Puebla, donde el heroísmo de los mexicanos llegó a su grado máximo.

Puebla es una ciudad de lujo: cortesana, es coqueta y encantadora, se atavía de perlas y brillantes, se ciñe de flores, se satura de aromas y humedece su limpia frente con las aguas purísimas del Atoyac: anacoreta, las nubes del cielo se posan a sus plantas, una corona de estrellas ciñe su inmortal cabeza, y los serafines le dan sombra con sus alas de púrpura salpicadas con el rocío del cielo.

La Minerva indiana tiene la armadura del arcángel, y una cascada de bucles cae bajo su casco de acero, donde reverberan los ardientes rayos del sol.

De pie sobre las cumbres de sus montañas ha esperado a sus adversarios, y si ha caído alguna vez sobre la arena, ha arrancado un aplauso de su enemigo, porque al desplomarse, lo ha hecho en apostura digna y académica, como los gladiadores antiguos en el anfiteatro griego. (6)

Mateos se revela como poeta, al emplear una serie de comparaciones en que presenta a la ciudad de Puebla: diosa con armadura de arcángel, o figura atlética de la antigüedad griega.

De **El cerro de las Campanas**.

En **El cerro de las Campanas** está descrita la ciudad de Cuernavaca, donde el emperador Maximiliano mandó construir una residencia, y según crónicas del tiempo o ficción del novelista, lugar donde habitaba una joven mexicana a quien este personaje amó apasionadamente.

La ciudad de Cuernavaca no es de lo más hermoso en cuanto a las obras del hombre; pero la mano de Dios ha bendecido aquellos campos, y las flores, los manantiales, los perfumes, las esencias, las auras y todo ese conjunto que anuncia una naturaleza virgen y exuberante, se encuentran allí formando un nido de amores, donde descansa la ciudad como una paloma aletargada con los aromas de los cafetales y la esencia de los naranjos.

(6) **El sol de mayo**.—Tomo III, páginas 157-158.

Cuernavaca es la boca de la Tierra Caliente, desde allí comienza un descenso rápido que en un radio de menos de cien leguas y al través de caudalosos ríos, como el Mezcala y Papagayo, de barrancas profundísimas, como las de San Gaspar y el Zopilote; de precipicios sin fondo, de montañas no bautizadas aún; tiene por último término, los espejos del Pacífico que se rizan para acariciar las abrasantes arenas de sus desiertas playas.

Sobre aquella ciudad pesa una atmósfera que hace languidecer y cerrar los párpados en un sueño de amores y de felicidad.

Allí el corazón se rejuvenece y una corriente de simpatía atraviesa por él, despertándole a las impresiones blandas y halagadoras de una voluptuosidad purísima, en que el espíritu bate sus alas al mundo irrealizable de las ilusiones y de las esperanzas. (7)

Cuernavaca hermoseedada por flores, de suaves perfumes hace que la imaginación, siempre creadora de Mateos, la contemple como una paloma desmayada, que no resiste la intensidad de aromas y esencias exhalados por diversidad de plantas.

Para cerrar el tema del paisaje en la novela histórica de Mateos, se da la descripción del Nevado de Toluca y el camino que conduce a esta ciudad, al salir de Lerma.

A los lados del camino se extiende la pintoresca laguna de Lerma, con sus bandadas de pájaros, sus gallinas blancas que se sumergen continuamente, sus patos que se deslizan fugitivos entre las brumas, su garzas coqueteando en el limpio espejo de las ondas, y sus niñas confundiendo con las blancas espumas de los remansos.

A las márgenes del lago se agrupan poblaciones pequeñas, que se reproducen en las ondas y se dibujan en el horizonte, con sus blancos campanarios que se levantan entre grupos de árboles de esmeralda.

En las pequeñas islas del lago, hay bosques de tul, que

(7) El cerro de las Campanas, páginas 185-186.

asaltan con sus chalupas nadadoras indígenas, haciendo el corte con una violencia extraordinaria.

Más adelante se descubre la hacienda de doña Rosa, con su calzada de fresnos y sus portales de buen gusto.

A la izquierda del camino, y en el fondo del horizonte, destacándose con la majestad de un monumento, se alza gigante el Nevado de Toluca.

¡El Xinantecatli! ¡Oh! esa mole inmensa, altanera, majestuosa, con su frente coronada de nubes, con sus tempestades, sus huracanes, sus ecos misteriosos al derrumbe de sus hielos, su cráter astillado. todo revela una catástrofe!

¡La erupción debe haber sido horrible!

Los surcos de fuego se notan en todas direcciones, y las rocas de lava esparcidas en contorno, son las páginas de ese día tremendo.

Mudo desde aquella hora, apagado, sombrío, es un cadáver amortajado en medio del valle.

Cubierto con los crespones del cielo, envuelto en las nieblas de la tormenta, no oye los murmullos sombríos de la gigante arboleda de la Sierra.

¡Duerme tranquilo, al arrullo de los siglos que te saludan a su paso!

¡Mis primeros cantos fueron para ti, mis primeras inspiraciones de poeta se desprendieron de mi alma a tu contemplación, y mis sueños de niño se deslizaban a la vista de tus cumbres gigantescas!

¡Hoy no puedo darte ni mis canciones, mi lira ha enmudecido y la inspiración se ha apagado; pero yo te consagraré en el fondo del hogar mis relatos de peregrino!. (8)

El maravilloso paisaje de la laguna del Lerma, descrito por Mateos, llega a la mente del lector en forma tan viva y realista que parece que está en ese lugar contemplando las aves y las ondas. El volcán, como otros de nuestro país, con esa majestad que los hace atractivos, no podía dejar de influir en los sentimientos de Mateos que habla de él como de un viejo amigo

(8) **El cerro de las Campanas**, página 32.

CAPITULO IX

POSIBLES INFLUJOS EN EL ESTILO DE JUAN ANTONIO MATEOS

Debe atribuirse al ilustre autor de novelas históricas un estilo que puede ser considerado como único.

Si se analizan las características de otros escritores del siglo XIX, es posible que existan hondas diferencias entre el estilo de Mateos y el de algunos de los escritores de Europa.

Emilio Zola, Víctor Hugo y los cultores alemanes tienen estilos que propiamente están influidos de la naturaleza; los temperamentos se hallan impuestos por las regiones en que vivieron los escritores citados. No podría hacerse una comparación de estilos tomando por un lado la capacidad expositiva de Juan Antonio Mateos y por otro, la de Francisco Constantino Chasebev.

Los estilos de ambos son diametralmente opuestos. El frío temperamento de los ingleses ha sido determinado por diversas causas incluyéndose su clima, y no se puede pensar que hayan ejercido influencia Lord Byron, Walter Scott, Tennyson.

La afinidad que puede llegar a determinar un punto de contacto por lo pomposo, por lo exaltado y por la forma ágil expositiva, es el estilo de los franceses Dumas, padre e hijo; y el de Ernesto Capendu, biógrafo de Bonaparte al través de sus novelas; puede dudarse que éstos hayan ejercido influencia en Juan Antonio Mateos.

Se dice que Mateos era poco afecto a leer. En el ambiente histórico en que se encontró, hablándose de tú con algunos de los héroes

de la independencia de nuestra patria, sintió inflamado su corazón y su espíritu y dio rienda suelta a la exposición que vino a determinar, por decirlo así, el culto de los héroes a quienes consagró, como pocos escritores, su entusiasmo que constituye una forma especial que puede estimarse como un estilo personal, personalísimo del escritor.

En Juan Antonio Mateos se advierte como en pocos escritores su personalidad hecha estilo que fluye con gracia en las exposiciones que pone en boca de sus héroes, tanto de la vida real como de la ficción. En algunas situaciones se aprecia en sus personajes un valor realista. Como ejemplo se puede citar al personaje ficticio a quien se atribuye la posesión de las esmeraldas cuya reunión en sus manos coincide con la independencia de México. El valor que a cada personaje atribuye, surge de las posesiones éticas y estéticas que el mismo Mateos concede según las situaciones en que se compromete su tendencia ideológica para determinar el papel novelesco que él concibe.

Puede asegurarse que entre los escritores mexicanos que han dedicado su atención a los estudios de la historia patria, Mateos ocupa un buen lugar ya que dentro de sus obras literarias ha hecho historia.

Casi podría afirmarse que ninguno de los escritores ha llegado a lograr una tendencia uniforme de estilo en relación con la sugestión provocada por el uso de la ficción en el conocimiento y aprendizaje de la historia como Juan Antonio Mateos. Estimo que sus preocupaciones, si las tuvo, por imponer ese estilo, por las dificultades que ofrece sostenerlo determinando un paralelismo entre la historia propiamente y la ficción de sus personajes en la novela, es por lo que debe atribuírsele un estilo único.

CAPITULO X
IDEOLOGIA POLITICA E HISTORICA DEL ESCRITOR
P O L I T I C A

En mi concepto, la ideología de Juan Antonio Mateos es la que se delimita por tendencias marcadamente liberales. El estudio efectuado sobre sus novelas **Sacerdote y caudillo** y **Los insurgentes** define con claridad la tendencia del escritor a concretar, sin situaciones forzadas y en la forma más natural, el interés que siente por la lucha en que la Patria será independiente. Es Mateos un fervoroso insurgente que no admite, ni en sus personajes de la ficción, la influencia que pueda retardar la propia Independencia, o que pueda desfigurar en alguna forma la sublimidad de los héroes de la vida real.

Se estima como un celoso guardián de sus convicciones, desde la primera obra que escribió hasta la última, en que todo aquello que para él es lucha, transformación, evolución, tendencia de positivo desenvolvimiento, es lo que constituye una verdadera revolución en que se incluyen los aspectos sociales, económico y político.

Juan A. Mateos sufre con el dolor de los héroes que ansían forzar la lucha armada, para ver a México en un principio evolutivo justificado por una paz orgánica. Se duele de los trastornos que provoca la Guerra de Texas, la Invasión Norteamericana, la Intervención y el Imperio, y se exalta con verdadera fe de patriotismo, cuando en los albores de la Revolución Maderista observa que el desastre de la dictadura porfiriana se ha convertido en una realidad tangible que supera su ideología.

Toda la exposición de Juan Antonio Mateos, como autor de novelas históricas, muestra la consagración de su temperamento a todo aquello que puede ser mejor para la Patria y por la Patria.

El aspecto que se refiere a su ideología social es apropiado al hecho de que en cada una de las obras se expresa siempre sobre el mejoramiento de la clase trabajadora, a la que justifica en su acción, ya sea la armada o aquella, sincera, en que los hombres que comulgan con las mismas ideas sienten la necesidad de ver resueltos sus problemas militares, para dedicarse de lleno al trabajo que ennoblezca a la Patria, ennobleciéndolos a ellos.

En el período de la lucha iniciada por don Francisco I. Madero, Juan A. Mateos, a quien se puede considerar un héroe clásico del pensamiento liberal, siente el anhelo de que México se supere dentro de la evolución creadora de los ideales que se sostienen en la lucha armada.

Se observa al través de sus personajes que presenta en **La majestad caída** que la lucha tiende, con proyecciones claras de liberalismo a establecer el concepto de que esas tendencias conforman con su idiosincrasia y que la revolución debe triunfar.

No es posible pensar otra cosa. Quien había forjado una esperanza en los hombres de la revolución lleva a los campos del ideal el fuego de sus convicciones; si él hubiese vivido hasta la consumación de la lucha armada y hubiera visto plasmados en realidad los resultados de la misma revolución, habría sido sin duda alguna quien llevara con el alma de la patria los cantos de la redención, con su pluma vibrante de alegría, para enaltecer la gesta gloriosa iniciada por el apóstol Madero y proseguida por Venustiano Carranza y tantos héroes que cayeron por el ideal supremo de la revolución.

HISTORICA

Juan A. Mateos, como novelista, se especializa en obras de tipo histórico.

Por su sencillez y la forma sugestiva de exposición, es uno de los literatos más leído por el pueblo mexicano.

Su novela, del tipo que se estudia, considera en forma apasionada las posibilidades de sus héroes, exaltando en los personajes los mé-

ritos que los elevan, en el medio en que lucharon. Es de observarse que así como hace resaltar las virtudes cívicas en sus personajes de la ficción, también castiga con severidad a aquellos que por un azar del destino forjaron la imagen dolorosa, como símbolo de las desgracias de la Patria, y critica a quienes obraron tomando como base un concepto equivocado del cumplimiento del deber. En tal virtud, Mateos se convierte en el observador acucioso y fino que no pierde detalle en el avaloramiento de sus héroes, tanto de la vida real como de la ficción, lo que hace que este ilustre escritor y novelista no pierda el interés en dar a cada quien lo que le corresponde, tanto desde el punto de vista real como, del ideológico.

La pasión con que trata todos los asuntos que se relacionan con la historia hace estimar que para él existía en forma predominante el concepto de Patria a la que amó sobre todas las cosas, ya sea en las más crueles aflicciones o en las alegrías producidas por algunos de los triunfos de que él fue testigo.

Por lo que se refiere al interés histórico, basta expresar que teniendo gran acervo de conocimientos históricos, los aplicó exclusivamente a embellecer con su pluma los episodios más gloriosos en que México llora su martirio y canta la grandeza inmortal de nuestra Patria.

CAPITULO XI

JUAN ANTONIO MATEOS. POLEMISTA Y PERIODISTA

Colaboró en el diario **El Monitor Republicano**, en el período comprendido entre 1871 y 1873; los dos últimos años tuvo a su cargo la Sección Editorial. En dicha sección trató diversos aspectos que interesaban a la sociedad de su época.

En algunos artículos comenta situaciones relacionadas con la política y la sociedad. Escritos en forma amena a la vez que vigorosa, los temas que desarrolla son dignos de elogio por su fluidez, su belleza, su elegancia y el apasionamiento, en que se pone siempre de parte de la justicia. Aunque apasionado, no pierde nunca su ecuanimidad ni su buen humor.

Como polemista sostiene controversias con periodistas de otros diarios. Los debates se mantienen varias semanas y aún meses.

Su primera polémica, del año de 1871, es con Alfredo Bablot, articulista de "El Domingo". Este periodista defiende a un cantante de ópera: Tamberlik; para salir airoso en sus argumentos, culpa a Verdi llamándolo corruptor del bello canto. Mateos contesta que la música de este autor italiano pasará al futuro porque es patriótica y muestra esperanza de libertad a la Italia oprimida; que lo que pasaba, y eso sin saber contrapunto, era que la voz del cantante no podía alcanzar los tonos debidos, pues se veía a punto de morir.

Termina la polémica en forma amable.

Sostuvo otra polémica, en el año de 1873, con redactores del periódico neocatólico **El pájaro verde**.

Mateos atacó duramente a los jesuitas, y el diario tomó la defensa de ellos. A tal grado llegaron las cosas, que eso provocó un lance de honor con el director, apellidado Villanueva quien se vio obligado a darle una satisfacción.

En esta polémica emplea la voz "pernicioso" Explica con amplitud el significado de esa palabra, con su apreciación social. Como ejemplo dice que los liberales mexicanos serían en Italia o Rusia perniciosos, y en Constantinopla merecedores de 200 palos en las plantas de los pies, por sus ideas. De igual manera, los liberales juzgaban a los jesuitas como perniciosos. Todo dependía de la acepción de dicha palabra.

Cuando se emprende una cruzada contra los principios que una sociedad se ha dado, y esa cruzada está formada por extranjeros, sin importar su calidad de clérigos o seculares, se les estima como perniciosos y lo menos que puede hacerse es llevarlos a su país o donde mejor les acomode y sean tolerados. Los jesuitas y sus adeptos se acogen a las garantías de la Constitución, como los escritores de la Voz al derecho de escribir, para combatir el mismo fuero que los ampara.

A los que nada les ha costado la reforma o que la han combatido, bien pueden aconsejar que se tolere a los conspiradores pero esta sociedad cuyas heridas no se cicatrizan aún, antes que presenciar una nueva lucha, pedirá que se aleje para siempre ese elemento de disturbio, que puede ocasionar un trastorno en el seno de las instituciones. (1)

Como periodista, en algunos artículos critica la situación política, en otros defiende aquello que está de acuerdo con su manera de pensar o de sentir.

En el artículo de 18 de enero de 1872, "Un libro excomulgado" previene a la juventud, al comentar la publicación del Almanaque, que

(1) **El Monitor Republicano**.—Abril 2 de 1873.

en esos días circulaba en la ciudad. Ese libro de versos destilaba veneno, y Mateos pensaba que una cosa era la libertad de pensamiento y otra el error humano llevado al extremo; que él, en nombre de la sensatez, tenía obligación de decir a la juventud todo lo que implicara maldad, pues la mejor herencia para las generaciones futuras sería la decencia; término que se concreta en la moralidad de los sentimientos.

Cuando el libro encierra algo en sus hojas, ya sea una verdad social, política o religiosa, cuando guarda un error, llevado allí por el cálculo o la buena fe, se repasan sus páginas, se le estudia, se le defiende o se le combate, se le dan los honores de la crítica; pero cuando el libro no lleva objeto alguno, cuando es una sentina asquerosa de inmoralidad y absurdos, cuando no trae alguna enseñanza, sino la corrupción impía con la intención dañada de empozñar la sociedad para arrebatarle por medio de una curiosidad impertinente el óbolo debido al descaro y a la desvergüenza, entonces sentimos que la imprenta se ha profanado y que los fueros de la civilización están hollados. (2)

El artículo "La justicia histórica", del 6 de enero de 1872, es una contestación al periódico "El federalista", que llamó al general Porfirio Díaz "oscuro guerrillero y merodeador de caminos"

Mateos defiende al general Díaz diciendo que, si en política comete errores, su patriotismo permanece y permanecerá intacto. Hace un paralelo entre los mariscales franceses y el mismo general, poniendo por un lado lo ridículo del invasor y por otro la mexicanidad del general a quien el pueblo saludó como héroe, en la misma forma en que lo saludará siempre.

"Un viaje al Tecpan de Santiago", del 21 de enero del año de 1872, es la reseña de la visita que el escritor hizo a ese lugar, que era un asilo para niños desamparados. Alaba la labor de los dirigentes y confía en que todos sepan comprender y ayudar, para que esos niños sean útiles a la sociedad y no un desprestigio de la patria.

(2) **El Monitor Republicano**.—Enero 8 de 1872.

El artículo intitulado "Una nueva doctrina" del primero de febrero del mismo año, es una crítica a la Ley de contribuciones expedida por el Sexto Congreso Constitucional, en su segundo período de sesiones.

Antes de hacer un comentario a dicha ley, contesta al colega del **Diario Oficial** que en una de sus gacetillas preguntaba por qué ningún periodista se refería a esa ley. Mateos, en nombre de todos los periodistas de la época, dice que al hombre de nada le sirve hablar francamente y al escritor tomar la pluma y dejar que se trasluzca lo que piensa, si sabe de antemano que sólo servirá de mofa o de escarnio en los salones del palacio.

Estima que en los países donde no hay libertad de imprenta, se espera con ansia el momento de la liberación, para hablar con claridad; pero que aquí, en aquellos años, era una burla sangrienta decir a la prensa "¿por qué no hablas?"

El silencio de la prensa ante esa ley quería decir que la fe se había perdido y que era una época en que la fuerza se imponía y el derecho se humillaba.

Sin embargo, en son de broma, comenta algunos de los párrafos de dicha ley, como el que contenía esta frase: "el gobierno declara que todo lo que no produce está produciendo"

Preguntaba con fina ironía dónde había bebido inspiración el Ministro de Hacienda. Pensaba el escritor que lo que verdaderamente estaba desocupado era el cerebro del que lo dijo.

El Ministro de Hacienda Matías Romero lanzaba una sentencia de muerte contra la propiedad, no porque fuera un mal hombre sino porque no resultaba capaz en ese puesto.

Criticó también la Ley del Timbre, la consideraba absurda, ya que traía consigo la miseria del pueblo sobre el que pasan todos los impuestos.

Otros artículos del año de 1873 se refieren a los crimines de Lozada, el Tigre de Alicá, que no sólo operaba en el Cantón de Nayarit sino en algunos otros lugares, sembrando la desolación en muchos pueblos a los que todavía de hecho, no habían llegado los beneficios de la independencia.

Después de 18 años de ser el azote de aquella comarca murió y su sombra de espanto se desvaneció, dejando paso a la tranquilidad y a la libertad.

En julio de 1873, cuando el Séptimo Congreso iba a nacer, dentro de la administración de don Sebastián Lerdo de Tejada, censura a todos los aspirantes a ocupar las curules, porque solo piensan en los 6000 duros anuales; pero ninguno se acuerda de la República. Todos sonreían y adulaban a Lerdo, pensando para sus adentros: "mi vida por una curul"

Para Mateos, el que ocupara un asiento en el Congreso debería poseer las siguientes cualidades: abnegación patriótica, honradez, mediana inteligencia unida al sentimiento patriótico de alta moralidad.

En ocasiones, aparece cierta nostalgia en sus artículos. El que se refiere a la inauguración del panteón Francés, de la calzada de la Piedad, está lleno de melancolía. Pensaba que era hermoso morir cuando se sabía que el cuerpo estaría rodeado de flores, de cipreses, en un bosque donde los pajarillos cantarían a la vida; allí todo sería dulzura y paz.

Años más tarde, él iba a descansar en ese cementerio.

La poesía ha recobrado esa fuente inagotable que ya le faltaba en el recinto de la muerte; porque donde no hay flores, donde faltan los cipreses; donde las cenizas ascienden cuando deben estar en el seno de la tierra; allí falta la inspiración y entra el pensamiento aterrador, que se estrella sobre el mundo opaco de lo desconocido. ¡Qué dulce y melancólico es pensar que nuestros despojos llegarán por una calzada de árboles al último asilo, que nuestro espíritu, como una fosforescencia de la noche atravesará los bosquecillos de rosas blancas entre el rumor del agua y el suspiro del viento, para batir sus alas y encumbrarse a los albores del crepúsculo. (3)

(3) **El Monitor Republicano**.—Enero 7 de 1872.

CAPITULO XII

MATEOS Y LA CRITICA

Posiblemente las circunstancias antes dichas, fueren causa justificada para que el pueblo de México, el verdadero pueblo, se solazara leyéndolo, como no lo ha hecho con alguno de los otros escritores; y quien como Juan Antonio Mateos ha sido capaz de vivir la vida de su pueblo, en sus obras, es digno de que mejores conceptos que los míos se dedicaran a enaltecer a este prócer de las letras nacionales. Pienso como Ignacio Manuel Altamirano y Pedro Santacilia, que Juan A. Mateos es capaz de vivir, entre los escritores nacionales, en el corazón y pensamiento de su pueblo, a quien dio el entusiasmo de sentir la alegría de la Patria, por sus triunfos, y las lágrimas y desesperación por sus tragedias.

Ignacio Manuel Altamirano y Pedro Santacilia legaron a la posteridad los siguientes conceptos acerca de Juan Antonio Mateos.

Altamirano, al referirse a la novela **Los insurgentes**, opina:

En estos días el movimiento literario continúa con la mayor actividad. Juan Antonio Mateos que concluyó su novela **Sacerdote y caudillo**, de la cual sacó envidiables utilidades, ha comenzado a publicar **Los insurgentes**, en cuyo cuadro veremos aparecer las inmortales figuras históricas del gran Morelos, el hombre más extraordinario que había producido la revolución de Nueva España, como dice Alamán; el valeroso Galeana, brazo derecho de Morelos, como le llamaba este hé-

roe; el insigne general Guerrero el modelo de constancia y de abnegación, y el ilustre general Bravo, el dechado de nobleza y de generosidad. Junto a tan prominentes personajes veremos aparecer a los generales Leonardo Bravo y Nicolás Catalán, Matamoros y Miña, Victoria y Terán, hasta Iturbide, el infortunado general que por sentarse en un trono encontró el cadalso de Padilla.

Las novelas de Mateos, cualesquiera que sean los defectos que les eche en cara la crítica, tienen el mérito de popularizar los acontecimientos de nuestra historia nacional, que de otro modo permanecerían desconocidos a los ojos de la multitud, supuesto que los anales puramente históricos no son fáciles de adquirir por los pobres, ni agrada su lectura por carecer del encanto que la narración novelesca sabe darles. (1)

Don Pedro Santacilia dice:

Empezamos hablando de las novelas, y entre estas mencionaremos, antes que ninguna otra, la que lleva por nombre **El cerro de las Campanas**, porque fue, como observa muy bien el señor Altamirano, la primera obra romancesca que apareció después del Imperio, abriendo la marcha, por decirlo así, a ese movimiento literario verdaderamente asombroso que observamos en nuestros días.

Más que escribir una novela propiamente dicha, con todas las condiciones que requieren los rígidos preceptistas en ese género de trabajos, propúsose el señor Mateos formar una crónica popular de los acontecimientos históricos que tuvieron lugar en el país desde 1863 hasta 1867, y su libro bajo ese punto de vista, encierra un interés grandísimo de actualidad que forma indudablemente su mérito principal.

El pueblo, como dice el señor Altamirano, tenía necesidad de una lectura cualquiera, en que se hubiesen compaginado los hechos memorables que acababan de tener lugar; el pueblo deseaba saber lo que había pasado en todos los ámbitos

(1) **El Renacimiento**, páginas 161-162.

de la República; quería conocer personalmente a sus defensores y a sus amigos, sus glorias y sus infortunios y el señor Mateos, como añade en seguida el distinguido escritor que venimos citando, resolvió proveer a esta necesidad por medio de una lectura romancesca en que a la fábula de la invención estuviesen mezclados los relatos de los principales acontecimientos del drama mexicano.

De más sería añadir que es interesante bajo todos conceptos el libro del señor Mateos, por lo que demuestra ya el asunto mismo de la composición y el buen nombre del autor, tan ventajosamente conocido por sus obras en el país.(2)

Riva Palacio y Mateos, que juntos nos han dado dramas y comedias de mérito indisputable; y ahora que escriben separados, nos están dando novelas que serán en todos los tiempos joyas valiosas de la literatura nacional.(3)

Pronto aparecerán dos novelas de los incansables escritores Riva Palacio y Mateos, que se han propuesto según parece, popularizar con sus buenos trabajos los hombres y los hechos notables de nuestra historia contemporánea.

La obra del señor Mateos se llamará **Sacerdote y caudillo**, y tendrá por héroe, como ya se deja adivinar, al venerable Cura de Dolores, cuya vida ofrece tantos episodios interesantes a la pluma del escritor. (4)

Ignacio Manuel Altamirano y Pedro Santacilia enaltecen con sus conceptos la obra de Mateos, haciendo a un lado los defectos que los críticos encuentran en ella.

Uno de los principales es el referido a la forma folletinesca que Mateos utiliza en la elaboración de sus novelas.

El folletín, muy de modo en el siglo XIX, sobre todo en Europa, es usado por la mayoría de los escritores de esa época. Mateos tributa culto a esa moda al acumular episodio tras episodio, como lo hicieron

(2) **El movimiento literario en México**, páginas 62-63.

(3) *Idem.*—Página 66.

(4) *Idem.*—Página 123.

ios Dumas, Pablo Feval, Eugenio Sue, Ponson du Terrail, Leon Beauvallet, entre otros.

Las incorrecciones gramaticales, bastante frecuentes en las novelas, también constituyen un defecto. Vicente Riva Palacio, amigo íntimo de Mateos, dice de él que no acostumbraba leer lo escrito para hacer modificaciones, sino que tal como escribía las obras las daba a la imprenta, de allí las siguientes 'expresiones' que por poseer repeticiones afean el lenguaje de las novelas.

El devoto se mordió los labios de mohina y se tiró del co-
pete; pero al **observar** que lo **observan**. (5)

Clara no pudo contener una sonrisa al aspecto de aquella
pareja tan ridículamente **aparejada**. (6)

Las expresiones vulgares, aunque están en boca de personajes sin cultura, le quitan mérito a las novelas.

—No puedo, la mula me ha dado tan fuerte sopapo, que en un tris estuvo en que dejara yo el bautismo en las piedras del camino.

—Pues silencio, gritó Martínez, yo voy a desembuchar todo lo que sé y no sé. (7)

(5) **El sol de mayo**.—Tomo II, página 499.

(6) **El cerro de las Campanas**, página 93.

(7) **El sol de mayo**.—Tomo II, página 520.

CONCLUSIONES

La novela histórica mexicana que alcanzó su auge en el siglo XIX tuvo un representante en Juan Antonio Mateos.

El general Vicente Riva Palacio, uno de los pilares mexicanos en este género literario, utilizó para sus novelas los archivos de la época colonial.

No es remoto que siendo íntimo amigo de Juan Antonio Mateos le hubiese insinuado que escribiera novelas con temas nacionales. Una de esas novelas **Los insurgentes**, presenta el prólogo escrito por Vicente Riva Palacio, este escritor es el que da el tema de las tres esmeraldas que Mateos desarrolla a lo largo de la obra.

Sin embargo estos dos escritores de novelas históricas siguen tendencias diferentes; cada uno da a su obra un sello personal.

Mateos se profundiza en los personajes, tanto reales como de la ficción, ellos son los que imprimen a sus novelas el interés que las hace sugestivas.

Algunos de los personajes reales mejor delineados son el Padre Hidalgo, el general Ignacio Zaragoza y el general Porfirio Díaz, y de los ficticios Cipriano Pontolongón y Jacinto Castaños; el primero de estos últimos representa a los hombres que por temor se someten al dominio español y el segundo a los que reconociendo su deber luchan por sofocar, no el movimiento que combaten, sino el llamado de su conciencia que les marca el sendero a seguir.

Las novelas históricas de Mateos son sencillas y agradables, lo que permite que sus lectores sean numerosos pues no se necesita un

nivel cultural para comprenderla; el lenguaje está formado por palabras que están al alcance de todas las clases sociales a las que instruyen y deleitan.

Mateos expresa en los temas de sus novelas el amor a la patria; trata con pasión todo aquello que, según su tendencia liberal, la patria anhela.

El número de obras escritas por este novelista, el valor que contienen, son o pueden ser fundamento para que tales obras no desaparezcan del acervo cultural de nuestra patria. Esto sin dejar de estimar que la obra poética y dramática es de relieve y abundante, y que por sí sola basta para enriquecer las letras patrias.

Sería de desearse que la iniciativa privada pudiera, en México, lograr la divulgación de todo lo que se ha producido por los escritores nacionales, para que se diera cuenta del valor positivo que tiene, para la historia de la humanidad, la aportación de nuestra patria.

BIBLIOGRAFIA

OBRAS DEL AUTOR ELEGIDAS PARA ESTE TRABAJO

El cerro de las Campanas.—Editora Nacional, S. A. México, 1956.

El sol de mayo.—Editora Nacional, S. A.—México, 1952.

Sacerdote y caudillo.—Editorial Maucci Hermanos y Cía. México, (1930)

Los insurgentes.—Editorial Maucci Hermanos y Cía. México, (1930).

Memorias de un guerrillero.—Editorial Maucci Hermanos y Cía. México, (1930).

La majestad caída.—Editorial Maucci Hermanos y Cía. México, (1930).
(1)

OBRAS CONSULTADAS

Abreu Gómez, Emilio.—**La vida milagrosa del venerable siervo de Dios, Gregorio López.**—Talleres linotipográficos "Carlos Rivadeneyra", México, 1925.

Almazán, Pascual (Natal del Pomar).—**Un hereje y un musulmán.** México, 1870.

Alonso, Martín.—**Estilo literario y normas de redacción.**—Compañía bibliográfica española, S. A. Madrid, 1955.

(1) El año de la publicación de las cuatro últimas obras, 1930, fue proporcionado por los editores, ya que los libros carecen de dato tan importante.

- Altamirano, Ignacio Manuel.—**Clemencia**. Editorial Porrúa, S. A. México, 1944.
- El Zarco**. Editora Nacional, S. A. México, 1951.
- Azuela, Mariano.—**Los de abajo**. Ediciones Botas. México, 1949.
- Cien años de novela mexicana**. Ediciones Botas. México, 1947.
- Béguin, Albert.—**El alma romántica y el sueño**.—Fondo de cultura económica. México, 1954.
- Castera, Pedro.—**Carmen**. Editorial Porrúa, S. A. México, 1950.
- Castillo Ledón, Luis.—"Orígenes de la novela en México".—**Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía**. México, mayo - junio, 1922.
- Castro, Américo.—**España en su historia**. Cristianos, moros y judíos. Editorial Losada. Buenos Aires, 1948.
- Cuéllar, José Tomás de.—**La linterna mágica**. Santander, 1891.
- Chateaubriand, Francisco Renato de.—**Atala, René. El último abencerraje**. Editorial Espasa Calpe Argentina, S. A., 1947.
- Delgado, Rafael.—**La calandria**. Ediciones de La Razón. México, 1931.
- Díaz Plaja, Guillermo.—**Introducción al estudio del Romanticismo español**. Editorial Espasa Calpe Argentina, S. A., 1942.
- Farinelli, Arturo.—**El romanticismo en Alemania**. Argos, Buenos Aires, 1948.
- Fernández de Lizardi, José Joaquín. **El Periquillo Sarmiento**. Editorial Porrúa, S. A., México, 1949.
- La Quijotita y su prima**. Cámara mexicana del libro. México, 1942.
- Gamboa, Federico.—**Santa**. Ediciones Botas. México, 1947.
- González Obregón, Luis.—**Novelistas mexicanos**. (José Joaquín Fernández de Lizardi). Ediciones Botas. México, 1938.
- González Peña, Carlos.—**Historia de la literatura mexicana**. Editorial Porrúa, S. A., México, 1945.
- La chiquilla**. Editorial Porrúa, S. A. México, 1946.
- Goytortúa, Jesús.—**Lluvia roja**. Editorial Porrúa, S. A. México, 1947.
- Guzmán, Martín Luis.—**La sombra del caudillo**. Compañía general de ediciones, S. A. México, 1951.

- Henríquez Ureña, Pedro.—**Las corrientes literarias en la América Hispánica**.—Fondo de Cultura Económica. México - Buenos Aires. México, 1945.
- Hernández, Julia.—**Novelistas y cuentistas de la revolución**. Unidad mexicana de escritores. México, 1940.
- Iguíniz, Juan B.—**Bibliografía de novelistas mexicanos**. México, 1926.
- Inclán, Luis G.—**Astucia, el Jefe de los Hermanos de la Hoja o los charros contrabandistas de la rama**. México, 1908.
- Jiménez Rueda, Julio.—**Historia de la literatura mexicana**. Ediciones Botas. México, 1946.
- Letras mexicanas en el siglo XIX**. Colección Tierra Firme. México, 1944.
- Lira, Miguel N.—**Donde crecen los tepozanes**. E.D.I.A.P.S.A. México, 1947.
- Martínez, José Luis.—**Literatura mexicana, sig'o XX**. Clásicos y modernos número 3. México, 1949.
- Méndez Plancarte, Alfonso.—**Poetas novohispanos**. Biblioteca del estudiante universitario. México, 1942.
- Menéndez Pidal, Ramón.—**Floresta de leyendas heroicas españolas**. Ediciones de "La lectura" Madrid, 1925 y 1926.
- La España del Cid**.—Editorial Plutarco. Madrid, 1929.
- Los godos y la epopeya española**.—Editorial Espasa Calpe, S. A. 1956.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino.—**Orígenes de la novela**. Tomo I. Madrid, 1905.
- Mestre Ghigliazza, Manuel.—**Efemérides biográficas**. Defunciones - nacimientos. México, 1945.
- Monterde, Francisco.—**Moctezuma II, Señor del Anáhuac**. Editorial Espasa Calpe Argentina, S. A. México, 1949.
- Oviedo Villegas, Jesús J.—**Un siglo de novela mexicana**. Tesis, 1934.
- Payno, Manuel.—**El fistol del diablo**. Barcelona - México, 1887.
- Los bandidos de Río Frío**. Ediciones Herrerías, S. A. México, 1938.
- Paz, Ireneo.—**Doña Marina**. México, 1886.

- Pimentel, Francisco.—**Obras completas**. Tomo V. Tipografía económica. México, 1904.
- Portuondo, Antonio.—"Trayectoria de la novela en México" **Cuadernos Americanos**. México, enero - febrero, 1952.
- Rabasa, Emilio.—**La bola y La gran ciencia**. Editorial Porrúa, S. A. México, 1948.
- Riva Palacio, Vicente.—**Calvario y Tabor**. Biblioteca de El Demócrata. México, 1917.
- Cuentos del General**. Madrid, 1896.
- Los Ceros**. México, 1882.
- Martín Garatuzá**. Editorial Porrúa, S. A. México, 1945.
- Monja y casada, virgen y mártir**. Biblioteca de El Demócrata. México, 1917.
- Romero, José Rubén.—**Mi caballo, mi perro y mi rifle**. México, 1939.
- Rulfo, Juan.—**Pedro Páramo**. Fondo de cultura económica. México, 1955.
- Sainz de Robles, Federico Carlos.—**Diccionario de mujeres célebres**. Editorial Aguilar.
- Santacilia, Pedro.—**Del movimiento literario en México**. México, 1868.
- Scott, Walter.—**Ivanhoe**. Editorial Tor, S. R. L. Buenos Aires, 1946.
- Sigüenza y Góngora, Carlos.—**Obras históricas**. Editorial Porrúa, S. A. México, 1944.
- Valle Arizpe, Artemio de.—**Ejemplo**. Madrid, 1919.
- Yáñez, Agustín.—**Las tierras flacas**. Editorial Joaquín Mortiz, S. A. México, 1962.
- Zamacois, Niceto de.—**El mendigo de San Angel**. Imprenta El Imparcial. México, 1907.
- Zayas Enríquez, Rafael.—**El teniente de los gavilanes**. Editora Nacional, S. A. México, 1953.

PERIODICOS Y REVISTAS

- El Renacimiento**. México, 1869.
- El Monitor Republicano**. México, 1872.
- El Imparcial**. Diario independiente. México, 1913.

El País. Diario católico. México, 1913.

Saber. México ,1958.

El Universal. México, 1952.

El Universal, México, 1959.

APENDICE I

EL MONITOR REPUBLICANO. — AÑO XXIII. NUMERO 173. — Quinta época.—20 de julio de 1872.

SECCION EDITORIAL

EL PRESIDENTE JUAREZ

Ayer, 19 de julio, aniversario de la muerte de Iturbide, dejó de ser el hombre que llevó por tantos años en su robusta mano el estandarte de la República.

Hubo un momento en que las miradas del mundo se fijaron en esa figura, cuya talla se percibía por cima de las notabilidades de la época.

México, en el juicio de las naciones, bajo la majestad solemne de Juárez.

¡Cuánto orgullo para la Patria ver resplandecer la gloria del porvenir en la venerada frente de uno de sus hijos!

En un punto miserable del globo, allá donde los aduares han terminado y comienza el desierto, allá donde las líneas matemáticas marcan la separación de dos naciones, allí, en una choza miserable, estaba un hombre.

¡Ese hombre era Juárez!

¿Qué vientos lo habían impulsado a aquellas soledades?

¿Qué significaba aquella personalidad aislada y envuelta en las nieblas, y con la mirada fija en el horizonte?

¡Preguntadlo a esa nación que yace entre los escombros,
acribillada por los cañones de la Prusia!

¡Preguntadle a la Europa entera!

¡Preguntadle al mundo!

¡Aquel ser misterioso no saldría de las llanuras del desierto, sino como el sol, entre resplandores!

¡Nube pequeña en el horizonte, que engendraría los rayos de la justicia humana!

¡Aquella figura se alzaría gigante sobre el campo de la catástrofe!

Con paso firme caminaría sin vacilar en dirección del Mediodía, hasta tropezar con la pirámide de granito del Cerro de las Campanas.

¡Allí bajaría, como el Dios de Moisés, entre relámpagos y truenos!

Juárez ha sido el ídolo del pueblo en los días tempestuosos de la Reforma y de la Independencia.

El suelo de la República se ha alfombrado de flores a su paso, y las lágrimas de la gratitud de un pueblo, han humedecido sus manos.

Firme en sus principios, severo en sus costumbres, respetó el decoro nacional, y su nombre no descendió a las escenas de escándalo de una Regencia y un bajo Imperio.

Declinó en sus ministros, tanto los grandes hechos de la República, como las grandes responsabilidades.

Tuvo a su lado las notabilidades más reconocidas de la nación, a la vez que se ampararon a su gobierno hombres funestos, que por instinto odiaban y aún odian la República.

Vió subir con serena majestad a los cadalzos a los hombres de la Reforma, y los vengó, llevando a cabo sus ideas en el mundo del porvenir.

Respetó la libertad del pensamiento, como el de fuero más grande de la sociedad constituida.

Sufrió las injurias con sublime resignación, y perdonó a sus enemigos.

No desdijo nunca de su linaje.

La humildad de su cuna y la pureza de su raza fueron su orgullo.

Vivió entre el pueblo, y murió en su seno, como un apóstol de ideas demócratas.

No solemnizó el triunfo de sus armas, ni insultó a los vencidos.

Fue grande en las horas del sufrimiento, y magnánimo en la victoria.

¡Mereció bien de su patria!

No le conmovieron ni las tempestades de las vicisitudes, ni las armonías de la felicidad.

Fue la roca acariciada por el mar en calma y azotada por las tormentas; siempre impasible.

Fue más fuerte que su destino.

Vivió entre los peligros, y murió cuando lo coronaba el iris de la paz, la tumba, que pudo cavarse en las horas oscuras de la revolución, se abrió en la noche tranquila de su último día.

El sol vela como una antorcha funeral ese cadáver, que pronto bajará al lecho de la tierra.

El infinito ha dado paso a su alma, que va a reposar en el seno de Dios.

La patria colocará una corona de inmortales en el mausoleo que guardará los restos del que fue presidente de la República Mexicana.

APENDICE II

EL IMPARCIAL.—TOMO XXXV.—NUMEROS 7207 - 7208.—DICIEMBRE 30 y 31 de 1913.

EL VIEJO TRIBUNO MATEOS BAJO A LA TUMBA ENTRE EL SILENCIO RESPETUOSO DENUNCIADOR DE UNA PROFUNDA EMOCION

El viejo tribuno don Juan Antonio Mateos, desaparecido el lunes último, recibió ayer postrer homenaje del Congreso de

la Unión, que quiso honrarlo llevando su cadáver al recinto en que tantos triunfos alcanzara en pasadas épocas.

A las 11.30 de la mañana, por la postrera vez, el que fue notable orador, hábil periodista, novelador de fácil pluma y brillante imaginación, ascendió la escalinata que conduce al templo de la Representación Nacional, llevado en hombros de cuatro de sus deudos. Iba a descansar por breves momentos, bajo el recinto augusto que en otros días atronara con verbo formidable, cuando desde la tribuna parlamentaria dejaba caer el rayo de su palabra sobre todo aquello que osara manchar el sagrado credo liberal que profesó hasta la hora postrera.

El Salón de Comisiones, comúnmente denominado "Salón Verde" fue el lugar señalado para recibir los inanimados despojos del famoso orador parlamentario. Las puertas de entrada fueron veladas por espesos cortinajes luctuosos. La alfombra fue cubierta por paños negros y en los retratos que decoran el salón y que representan a varios constituyentes, se prendieron lazos de crespón. En torno del salón, a la altura del friso, se colocó amplio cortinaje fúnebre.

Una comisión, nombrada por la permanente del Congreso e integrada por los señores senadores y diputados: Manuel Gutiérrez Zavala, Miguel Ruelas, Manuel Olea, José Castellot, Juan Escalante y Daniel García, recibió el cadáver al que seguía numeroso cortejo presidido por el coronel Miguel Mateos y el señor Manuel Mateos Cejudo, hermano e hijo del finado respectivamente.

El cadáver fue llevado al Salón Verde, y entonces, don Miguel Mateos en nombre de los deudos del desaparecido, manifestó a la Comisión que representaba al Congreso cuánto era el agradecimiento que guardaban por el honor que se dispensaba a los restos del viejo tribuno.

Numerosos fueron los visitantes que desfilaron frente al féretro, sin embargo el prestigio del extinto, la significación que tuvo como escritor y como patriota en épocas de prueba, hacían esperar mayor afluencia. Tal vez la circunstancia de que

don Juan Antonio Mateos, ha tiempo que se había apartado de la lucha; que su voz había enmudecido y no atronaba ya desde la tribuna, hicieron que las multitudes olvidadizas no rindieron el postrer tributo de admiración al que tantas veces las había exaltado con su elocuencia arrebatadora.

Por la tarde, a las tres treinta, fue la hora fijada para los funerales. Hizo uso de la palabra el licenciado Alfonso Teja Zabre:

Las palabras que por encargo, para mí imperativo, de la Comisión Permanente del Congreso de la Unión, —dijo— debo decir en esta ceremonia fúnebre, no puede ser un panegírico, ni una biografía. Menos aún podré adelantar un juicio que signifique examen o crítica, porque los hombres públicos solo deben ser juzgados por la posteridad, y la razón fría y serena, no tienen acceso en las cámaras mortuorias, donde el eco de los sollozos parece aún resonar sordamente, turbando el corazón y el espíritu con su murmullo doloroso.

Debo decir únicamente las frases de adiós a un tribuno, que en las contiendas parlamentarias, logró encender sin taza y con frecuencia, ovaciones ardientes. También debo decir cómo aparece la figura de don Juan Mateos, ante la juventud contemporánea, juzgando únicamente por sus rasgos fundamentales.

El que fue en su vida pública, un apasionado y un radical; liberal rojo, liberal intransigente, jacobino en una palabra. En la época presente, los jacobinos recuerdan más al club que tomó su nombre del antiguo convento, donde celebraban sus sesiones los fanáticos montañeses, que al amante de la naturaleza, al sensible Juan Jacobo Rousseau. Son muy pocos los que no encuentran el nombre de Marat, tan manchado de sangre y de maldiciones, como el cesto de una guillotina.

En cambio, la pasión, que a veces da clarividencia, hizo ver a don Juan Antonio Mateos, en los revolucionarios del 93, patriotas que amaron a la Francia, y a los hombres y, que, aunque ofrecieran a la República sacrificios humanos, y la ensalzaran con su literatura mediocre, fueron hasta el cadalso

los "hombres de corazón sensible", de que hablara Juan Jacobo, y sacrificaron su amor a la vida, su reputación y su cabeza por un principio muchas veces desconocido: el bien de la Patria.

La pasión que animó la vida de don Juan Antonio Mateos, que galvanizó su existencia y doró su nombre, es la mejor prenda, cuando se vive entre generaciones tan pobres de ideal. La vida lenta, apagada, tibia, de aquellos que no se guían por una antorcha flamante de pasión, apenas deja en el mundo la huella de un golpe de viento. Solo el que ama apasionadamente a su país, puede servirle con fruto. No bastan las virtudes pasivas, ni el afecto razonable y mediocre. Los hombres que siempre han servido a su país, siempre han sido apasionados patriotas, es decir, nacionalistas.

Para ello es preciso tener la fe en los destinos nacionales; aún a pesar de la razón es preciso tener esperanza inagotable en la gloria futura de la Patria; aunque se luche con la triste certidumbre del momento, es necesario cerrar los oídos a todos los rumores extraños, aunque traigan palabras de verdad desconsoladora, y sólo oír la voz de la tierra materna, que es al mismo tiempo bendición y reproche, y que reclama para su salvación la energía apasionada de todos sus hijos.

Con solo esta cualidad, fuera de aquellas que mejores opiniones que la mía, le serán sin duda reconocidas, don Juan Antonio Mateos es digno de recibir el homenaje de sus compatriotas, y de caminar hacia la morada de su reposo perpetuo entre el silencio respetuoso que denuncia la profunda emoción, y este silencio que escolte al orador y que lo acompañe hasta su tumba, solo turbado por los sollozos familiares, es una ofrenda más pura y elocuente que aquellas ovaciones volcánicas que supo arrancar con su palabra de fuego.

Tan luego como terminó el joven orador Teja Zabre, el cortejo luctuoso se puso en movimiento siguiendo a los mozos que cargaron sobre sus hombros el féretro.

Una carroza enlutada con negros cortinajes, llegó hasta la escalinata de la Cámara Popular, para recibir el cadáver,

y los dolientes tomaron asiento en cuatro carros especiales, que se estacionaron en la calle de la Canoa. A las cuatro de la tarde, el cortejo se dirigió al Panteón Francés, sitio elegido como última morada al guerrillero, literato y notable tribuno que en vida se llamó Juan Antonio Mateos.

En el Panteón Francés, el féretro fue bajado en hombros de cuatro dolientes y conducido al lugar en donde debía ser sepultado.

Antes de ser depositado el cadáver en la fosa, los señores licenciados Ernesto Segura y Pesado y Pablo Rodríguez pronunciaron, cada uno de ellos, una oración fúnebre en loor del finado.

INDICE

	Págs.
ADVERTENCIA.	11
CAPITULO PRIMERO.—Antecedentes.	13
1.—Punto de partida de la novela.	13
2.—El Romanticismo y la novela histórica, en Europa.	16
3.—La novela mexicana.	21
CAPITULO SEGUNDO.—Datos biográficos de don Juan Antonio Mateos.	37
CAPITULO TERCERO.—Trama y procedimiento seguidos en las seis novelas estudiadas.	41
CAPITULO CUARTO.—Personajes reales y de la ficción. Presentación de unos y otros.	51
CAPITULO QUINTO.—El Romanticismo en las seis novelas estudiadas.	59
CAPITULO SEXTO.—El costumbrismo en algunas novelas de Mateos.	67
CAPITULO SEPTIMO.—El ambiente en varias de sus novelas.	71
CAPITULO OCTAVO.—El paisaje en las novelas de Mateos.	77
CAPITULO NOVENO.—Posibles influjos en el estilo de Juan Antonio Mateos.	87



CAPITULO DECIMO.—Ideología política e histórica del escritor.	89
CAPITULO DECIMO PRIMERO.—Juan Antonio Mateos, polemista y periodista.	93
CAPITULO DECIMO SEGUNDO.—Mateos y la crítica.	99
CONCLUSIONES.	103
BIBLIOGRAFIA.	105
APENDICES.	109
BIBLIOGRAFIA.	105